

LA MESA

UN COMPLEJO ARQUEOLOGICO DE LA SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA

Por G. & A. REICHEL-DOLMATOFF

La Sierra Nevada de Santa Marta, como terreno arqueológico, se conoce principalmente por los abundantes vestigios de la cultura Tairona. Sin embargo, en las faldas del macizo se hallan también restos de culturas prehistóricas que difieren en muchos aspectos de la cultura de los antiguos Tairona, y que sólo recientemente han sido identificados como entidades culturales distintivas. En el presente artículo se describe una de estas culturas, que como complejo arqueológico se designará con el nombre del sitio tipo: La Mesa.

Los yacimientos arqueológicos del sitio de La Mesa fueron localizados y excavados a principios del año de 1950 por los autores y Joaquín Parra Rojas. Este último, posteriormente, en 1952, efectuó una serie de excavaciones en la zona vecina de río Seco, con el fin de ampliar los conocimientos sobre esta cultura. Ya que las excavaciones de Parra Rojas prometían arrojar una luz definitiva sobre la determinación de la posición cronológica y cultural de La Mesa, pospusimos hasta la presente la publicación de nuestros materiales de aquel sitio. Pero ya que han pasado tantos años en espera de la publicación de las excavaciones de río Seco, finalmente nos hemos decidido a presentar en las siguientes páginas, los datos obtenidos por nosotros en La Mesa.

I

EXCAVACIONES EN LA MESA

La zona arqueológica de La Mesa se encuentra a 20 kilómetros al Noroeste de la ciudad de Valledupar (Departamento del Magdalena), en las orillas del río Azúcar Buena, que desciende por las estribaciones meridionales de la Sierra Nevada de Santa Marta. En aquella región se observan en ambas márgenes de los ríos que bajan del macizo, extensas planadas de piedras rodadas, cubiertas por una vegetación escasa, pero de-

limitadas por selva alta que se levanta únicamente al propio borde de los cursos de agua. Los ríos disectan profundamente estas planadas pedregosas, que están separadas por serranías que dividen las hoyas. La altura promedia sobre el nivel del mar es de unos 300 metros.

Construcciones líticas.—Al descender de la planada interfluvial por la escarpada vertiente hacia el río, trecho de unos 100 metros, se observan alrededor de diez terrazas de cultivo construídas por los antiguos pobladores indígenas. Se trata de terrenos planos de forma semicircular o semilunar, de un largo promedio de 50 metros, por 20 metros de ancho. En la curvatura hacia el río, estas terrazas están delimitadas por murallas de piedra, las cuales tienen un promedio de 2 metros de altura y están levemente inclinadas hacia la misma vertiente, generalmente en un ángulo de 60° a 70°. En la construcción de estos muros de contención se utilizaron piedras grandes redondeadas por la acción del agua, de un diámetro de unos 30 a 50 centímetros, acuñadas con piedras más pequeñas. No se observó el empleo de lajas ni de piedras talladas a propósito. El interior plano de las terrazas de cultivo contiene una gruesa capa de tierra vegetal negra. Todas estas terrazas se encuentran a sólo poca altura por encima del nivel de inundación en la estación lluviosa, de manera que al crecer el río con las lluvias en las tierras altas, la tierra retenida dentro del semicírculo de piedras, se riega pero sin ser arrastrada ni inundada. Claras evidencias de zanjas para irrigar las terrazas no se observaron, pero en algunos casos sí parece que se habían excavado largas y estrechas trincheras aproximadamente paralelas al río, irrigando las terrazas.

A unos 10 a 12 metros más arriba de las terrazas se observan construcciones de otro tipo. Allí se trata de largas hileras de piedras grandes, ya no encerrando terrazas de tierra vegetal, sino demarcando y sosteniendo el borde de las planadas, a lo largo del lecho del río. Ya que las planadas están levemente inclinadas hacia el Suroeste, siguiendo el curso del río, las hileras de piedras se vuelven algo más altas en dirección sur, formando allí cortas murallas hasta de un metro de altura. Desde luego, no se trata de una alineación continua a lo largo de todo el borde de las planadas, sino de trechos limitados, cada uno sosteniendo y demarcando un terreno plano de unos 50 metros de largo. El terreno demarcado así está aplanado y limpio de

piedras grandes. Evidentemente se trata aquí de sitios de habitación, suposición que se comprobó al excavar dentro de estos lugares.

A una distancia de unos 50 a 100 metros, ocasionalmente aún más lejos, se encuentra sobre la planada otro tipo de construcción. Se trata de acumulaciones de piedras redondas, como las que se utilizaron en la construcción de las terrazas e hileras descritas, pero formando leves montículos ovalados. Estos montículos miden unos 20 metros de diámetro máximo, por 10 metros de anchura, levantándose unos 80 a 100 centímetros sobre el nivel adyacente. Una gruesa muralla, baja y del ancho de tres o cuatro piedras, enmarca el interior, y otra hilera sencilla forma un semicírculo externo a una distancia de 2 o 3 metros de la muralla. El interior está relativamente plano pero cubierto en casi toda su extensión por piedras redondas, cuya mitad o terceras partes sobresalen del terreno. Aunque aparentemente estas piedras fueron colocadas allí sin orden fijo, al limpiar el lugar de su escasa vegetación, se observó que se trataba de series interconectadas de círculos de piedra, cada uno de unos 2.30 metros de diámetro. En ocasiones se observaron tales círculos también fuera de la muralla propiamente dicha. Las excavaciones efectuadas en este tipo de construcción comprobaron que en ellas se trataba exclusivamente de entierros.

Excavaciones en un sitio de habitación.—Después de haber efectuado algunos sondeos en las terrazas de cultivo sin hallar en ellas artefactos en forma de cerámica u objetos líticos otros que las mismas piedras utilizadas en la construcción, excavamos un corte en el terreno plano de uno de los sitios de habitación. El corte fue excavado en un ángulo de unos 45° al río, abarcando una extensión de 2 x 8 metros, dividida en cuatro cuadrículas de 2 x 2 metros cada una. Los vestigios culturales hallados en este corte se limitaron a fragmentos cerámicos contenidos en una matriz de tierra carmelita-negruczca, dura. A una profundidad de 42 centímetros debajo de la superficie, se halló en toda la extensión del corte un piso culturalmente estéril, de roca y cascajo. Las mismas características se observaron en una serie de pequeños sondeos que se efectuaron en los vecinos sitios de habitación.

El material cerámico excavado en el corte, se distribuye de la manera siguiente:

	NIVELES	Bases	Bordes	Otros	Total
1	0.00-0.20	13	33	630	676
2	0.20-0.40	3	6	172	181
Gran total					857

Con excepción de cuatro fragmentos de los cuales se hablará más adelante, se trata de cerámica carente de decoración. A base de diferencias de desgrasante, acabado de la superficie, espesor y otros criterios tecnológicos, se pueden distinguir dos clases de cerámica, cuya descripción daremos a continuación:

LA MESA ROJA TOSCA

Pasta.

- 1) Color: 15, E-6 a E-12;
- 2) Inclusiones: frecuentes partículas de arena cuarzosa de diversos colores, de forma irregular y tamaño mediano a grande;
- 3) Textura: friable; la pasta está muy mal amasada y es muy granulosa;
- 4) Fragmentación: irregular; las caras fracturadas se desmoronan frecuentemente;
- 5) Cocción: en atmósfera oxidante, relativamente mal controlada. Un grueso núcleo central o interno se observa en muchas piezas.

Tratamiento de la superficie.

- 1) Color: gama de 4, A-11 a E-12;
- 2) Dureza: 3;
- 3) Regularidad: no muy regular; fuertes estrías de pulimiento brusco; asperezas y ondulaciones;
- 4) Textura: áspera terrosa;
- 5) Brillo: ausente;
- 6) Baño: ausente;
- 7) Defectos: partículas del desgrasante de arena penetran a la superficie y causan fisuras, lo mismo como la ocasional inclusión de materia orgánica.

Estructura.

- 1) Al juzgar por la fragmentación y las ondulaciones de la superficie, la técnica de manufactura fue la de espirales.

Decoración.

- 1) Cf. *infra*.

Forma.

- 1) Bordes: Cf. Fig. 6;
- 2) Labios: siempre redondeados;
- 3) Cuerpos: globular a subglobular; posiblemente con corto cuello cilíndrico;
- 4) Bases: generalmente redondeadas, a veces anulares bajas; cf. Fig. 6;
- 5) Asas:
 - a) Corto pedúnculo macizo horizontalmente saliente de la base del cuello;
 - b) Cilíndrica doble vertical;
 - c) Cilíndrica doble horizontal;
- 6) Espesor: de 6 a 15 mm.;
- 7) Dimensiones: promedio de 35 centímetros de diámetro.

Frecuencia.

- 1) 832 fragmentos.

LA MESA ROJA LISA

Pasta.

- 1) Color: 4, E-9; 5, F-7;
- 2) Inclusiones: frecuentes partículas finas cuarzosas, generalmente de color blanco y forma redondeada;
- 3) Textura: fina arenosa, pero compacta y firme;
- 4) Fragmentación: generalmente en línea recta y en ángulo recto a la superficie;
- 5) Cocción: en atmósfera oxidante aparentemente bien controlada; en la mayoría de los fragmentos se observa un núcleo central que abarca la tercera parte del espesor total.

Tratamiento de la superficie.

- 1) Color: gama de 3, A-11 a 3, F-11;
- 2) Dureza: 3.5;
- 3) Regularidad: bastante uniforme; la superficie está bien alisada y compactada;
- 4) Textura: lisa;

- 5) Baño: todas las piezas están cubiertas en el exterior por una capa uniforme de una solución líquida del mismo barro;
- 6) Defectos: no se observan.

Estructura.

- 1) En técnica de espirales, al juzgar por la fragmentación.

Decoración.

- 1) Existe un solo fragmento decorado perteneciente a esta clase cerámica; se trata de un borde (tipo G). La decoración consiste de seis líneas finas paralelas incisas, que se dirigen oblicuamente sobre la parte superior de un pequeño recipiente globular. A lo largo de una de las líneas se observa una hilera de cuatro finos puntos impresos.

Forma.

- 1) Bordes: *Cf. Fig. 6*;
- 2) Labios: generalmente redondeados, a veces algo adelgazados;
- 3) Cuerpos: globular, subglobular, a veces aparentemente semiglobular; no se observan cuellos cilíndricos;
- 4) Bases: redondeadas o anulares altas en forma de cono truncado;
- 5) Espesor: de 4 a 6 mm.;
- 6) Dimensiones: de 10 a 25 centímetros de diámetro.

Frecuencia.

- 1) 25 fragmentos.

La distribución de estas dos clases cerámicas por niveles, es la siguiente:

NIVELES	1	2
Roja Tosca	656	176
Roja Lisa	20	5
Total	676	181

Los bordes (Fig. 6) de la cerámica Roja Tosca son gruesos y sólidos, de manufactura algo irregular y a veces algo asimétrica. Sin embargo, muestran formas bien definidas. Generalmente se trata de bordes evertidos, con un labio redondeado. Aunque en algunos casos el borde está formado por una franja

algo más gruesa (Tipos A, F), por lo general, consiste simplemente en la terminación de la pared del recipiente, aproximadamente con el mismo espesor. Los bordes de la cerámica Roja Lisa son considerablemente más delgados y pertenecen todos a vasijas sin cuello, de forma globular o subglobular. La distribución de los tipos reconocibles, por niveles, es la siguiente:

	A	B	C	D	E	F	G
1	4	6	5	6	3	4	5
2	1	1	1	1	—	1	1

De los 16 fragmentos de bases bajas anulares, 12 pertenecen a la cerámica Roja Tosca y cuatro a la Roja Lisa. Las últimas son algo más altas y en dos casos están levemente volteadas hacia el exterior (Fig. 6, G).

Como se desprende de esta descripción, las características generales de estas dos clases cerámicas son poco marcadas. Sin embargo, se observa un aspecto que merece la atención: en el Nivel-1, a 18 centímetros de la superficie y asociados a fragmentos de cerámica Roja Tosca, se hallaron tres fragmentos de la cerámica Portacelli Rojo-sobre-Rojo con decoración raspada (*Reichel-Dolmatoff*, 1951, p. 59).

Excavaciones en sitios de entierros.—Excavamos uno de los cementerios, a 61 metros al Norte del corte que habíamos efectuado en el sitio de habitación. Dentro de Irecinto se excavaron doce entierros, cada uno con numeroso ajuar funerario.

El recinto estaba constituido por una construcción en forma semielíptica hecha de piedras y tierra, adaptada de tal modo al terreno natural que representaba una especie de terraza plana, en cuyo fondo comenzaba de nuevo a levantarse el terreno (Fig. 3). La parte plana interior de esta construcción medía 14.23 metros de largo, por un ancho de 8.10 metros. Toda esta zona plana se encontró encerrada de tres lados —excepto hacia el fondo elevado— por una larga muralla curva formada de piedras acumuladas y superpuestas de tal modo que retenían el relleno de tierra firmemente en su lugar. Ya que en la construcción de esta muralla de contención se habían utilizado exclusivamente piedras redondeadas por la acción del agua, la pared no era vertical sino inclinada hacia el interior, sosteniéndose las

piedras por pequeñas cuñas de roca. Siendo el diámetro promedio de las piedras, redondas u ovoidales, de unos 30 centímetros, el espesor de la muralla de contención alcanzó aproximadamente un metro, por una altura de unos 80 centímetros sobre el nivel adyacente. A una distancia de 1.60 metros hacia afuera se encontró una hilera de piedras similares, a trechos doble, a trechos sencilla, corriendo paralelamente a la muralla y formando una especie de leve peldaño para subir a la plataforma propiamente dicha. El interior del recinto se encontró relleno de tierra negra algo arenosa, bien pisada y aplanada.

En la región central, abarcando más o menos la tercera parte del espacio total, se encontró una gran acumulación de piedras redondas, todas hundidas hasta su mitad en el suelo y aparentemente regadas sin orden alguno. Sin embargo, al observar este conjunto en más detalle, se notó que estas piedras marcaban círculos irregularmente interconectados, en cuyo centro el terreno quedaba limpio y plano. La excavación comprobó luego que cada uno de estos círculos marcaba un lugar de entierros. La localización de los entierros está dada en la Figura 3.

Los entierros consisten de pozos cilíndricos de unos 0.80 a 1.20 metros de profundidad, por un diámetro de 2.00 a 2.50 metros. En todos los casos se trató de entierros secundarios en grandes urnas, generalmente enterradas dentro de una matriz de tierra dura y pisada, que aparentemente había sido acumulada en el recinto con este propósito. Dos entierros se hallaron, el uno al lado del otro, fuera del recinto, ambos marcados por círculos de piedra bien definidos.

Trataremos a continuación en detalle de las características de los entierros investigados. Anticipamos que las clases cerámicas descritas para el sitio de habitación (Roja Tosca, Roja Lisa) aparecen asimismo en el material de los entierros y que limitaremos por consiguiente nuestras observaciones a la descripción de eventuales variantes, sin repetir las características de las clases ya determinadas.

Entierro A.—El conjunto que forma este entierro consiste de los siguientes materiales:

a) Una urna de entierro secundario, en forma de un recipiente ovoidal, con base redondeada y muy corto cuello cilíndrico. En la base del cuello, en dos lados opuestos, se observan cortas asas o agarraderas macizas en forma de protuberancias aplanadas.

das que sobresalen horizontalmente. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 52 centímetros. La urna no estaba cubierta, por lo cual se encontró llena de tierra. Al remover esta tierra se halló el esqueleto de un adulto, estando los restos óseos muy deteriorados. Tanto en éste como en todos los demás entierros, se observó que se inhumaron sólo los cráneos, los huesos de las extremidades, las clavículas y los omoplatos.

b) Una vasija subglobular, con corto cuello cilíndrico y base anular. Cerámica: Roja Lisa; altura total: 16.8 centímetros.

c) Una vasija subglobular muy fragmentada, sin cuello, con base anular. Cerámica: Roja Lisa; altura total: 14.2 centímetros.

La urna estaba colocada en el centro del pozo, y detrás de ella, lado al lado y tocándola, se encontraban las dos vasijas adicionales.

Entierro B.—El contenido de este entierro fue el siguiente:

a) Una urna funeraria con parte inferior en forma cónica, parte central muy abombada, y corto cuello cilíndrico. En la base del cuello, en lados opuestos, se encuentran dos agarraderas en forma de gruesos tubos algo abiertos en sus extremos. Cerámica: Roja Tosca. Altura total: 60 centímetros. La urna estaba cubierta con una tapa muy fragmentada, en forma de casquete semi-esférico. Contenía un esqueleto de adulto, muy deteriorado, así como tres volantes de huso manufacturados de hueso y de 5.2 centímetros de diámetro, y once cuentas de collar. Las cuentas consisten de cuarcita roja pálida y son de forma tubular, con perforación bicónica.

b) Una urna funeraria de forma globular, con alto cuello cilíndrico, algo abierto en su extremo. En la base del cuello se encuentran dos agarraderas opuestas, en forma de protuberancias aplanadas macizas. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 40 centímetros; diámetro máximo: 40 centímetros. Contenía un esqueleto de adulto, muy deteriorado.

c) Una vasija de forma parecida a la primera urna, pero carente de agarraderas. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 45 centímetros; diámetro máximo: 50 centímetros. Sin contenido.

d) Una vasija de forma ovoidal, base anular y corto cuello cilíndrico. Cerámica: Roja Lisa, pero de color grisoso oscuro. Altura total: 18 centímetros.

e) Una vasija en forma ovoidal, base redondeada y corto cuello cilíndrico. En la parte superior del cuerpo, en la mitad de la distancia entre la base del cuello y la periferia máxima, se encuentran en lados opuestos dos pequeños protuberancias mamiformes modeladas. Cerámica: Roja Lisa; altura: ca. 16 centímetros.

f) Una vasija en forma de copa, con base campaniforme y silueta compuesta. La parte inferior del recipiente tiene forma aproximada de un cono truncado, presentándose luego un hombro angular periférico, después del cual las paredes se inclinan hacia adentro para formar una amplia abertura. En la unión entre el pie y la parte inferior del recipiente propiamente dicho, se encuentra una franja modelada aplicada, decorada con una simple hilera de puntos impresos con un instrumento romo. Cerámica: Roja Lisa, de color negruzco; altura total: 11 centímetros.

Adicionalmente se encontraron fragmentos de tres pequeños recipientes más, todos perteneciendo a la misma clase cerámica, pero sin que se pudiera reconstruir su forma con certeza. Las vasijas se hallaban colocadas al mismo nivel de las urnas, las cuales estaban puestas a lado y lado, y se distribuían ante todo hacia el lado occidental del entierro. Entre las urnas y las vasijas acompañantes se encontraron dos hachas líticas, una entera y otra muy fragmentada, de forma aproximadamente trapezoidal alargada, con filo curvo y toda la superficie bien pulida.

Entierro C.—Este entierro consistió en:

a) Una sola urna funeraria colocada en el centro de una excavación que tenía forma de embudo. Las características de esta urna son las siguientes: cuerpo aproximadamente globular, con base redondeada y alto cuello cilíndrico formando una abertura ancha. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 41 centímetros. La urna estaba cubierta con dos grandes fragmentos curvos, aparentemente de una gran tinaja rota. En el interior se encontraron los restos de dos esqueletos de adultos, tres pequeñas vasijas, 23 cuentas de collar y cinco volantes de hueso. A continuación se describen estos objetos.

b) Dos vasijas de forma subglobular, con base redondeada y cuello cilíndrico. En la parte superior de ambas vasijas se observan dos protuberancias aplicadas, semiesféricas, en lados

opuestos. Cerámica: Roja Lisa, de superficie áspera y de un color algo carmelita negruzco. Altura total aproximada: 12 centímetros. Ambos recipientes estaban muy fragmentados.

c) Un objeto cerámico en forma de embudo. La forma general es la de una pequeña copa panda con base anular alta cilíndrica, pero el fondo de lo que sería el recipiente está perforado y se comunica con el pie hueco, de manera que el objeto forma una especie de embudo. Cerámica: Roja Lisa, de color grisoso; altura total: 8.6 centímetros.

Las cuentas de collar son de cuarzo blanco o casi transparente, de forma cilíndrica y de un largo promedio de 3.5 centímetros. Muestran perforación bicónica longitudinal, y su superficie está bien pulida. Los volantes de huso consisten en discos perforados de hueso, de unos 5 a 6 centímetros de diámetro.

Entierro D.—También este entierro consistió en:

a) Una sola urna, por lo demás muy fragmentada, colocada en el fondo de una excavación en forma de embudo. La urna tiene forma subglobular, pero alargada en su parte superior, es decir casi en forma de pera. La base está redondeada; el cuello y el borde están muy fragmentados. Alrededor del cuello se aplicó una franja modelada doble, en la cual se hizo una doble hilera de puntos ovoidales, por la presión con un instrumento de punta roma. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 42 centímetros.

Dentro de esta urna se hallaron algunos restos óseos pertenecientes al esqueleto de un adulto, así como una pequeña vasija de forma globular, base redondeada y cuello corto. La vasija es levemente asimétrica, manufacturada sin mayor cuidado y muy fragmentada. El material parece pertenecer a la cerámica Roja Tosca; altura total: 7 centímetros.

Entierro E.—Este entierro consistía en seis urnas grandes y siete vasijas adicionales más pequeñas. Ya que las urnas representan diferentes formas, se describen a continuación sus características individuales:

a) Urna de forma globular, con ancha base anular y cuello cilíndrico. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 45.1 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto.

b) Urna de forma subglobular, con base redondeada y cuello cilíndrico. En la parte superior del cuerpo se representaron dos

brazos humanos modelados, algo doblados en los codos y con indicación de manos y dedos. Entre los brazos se aplicaron dos protuberancias semiesféricas representando senos. La urna estaba cubierta de una tapa en forma de casquete semiesférico. Cerámica: Roja Tosca; altura total (sin tapa): 65 centímetros; contenido: restos de un esqueleto de adulto.

c) Urna de forma ovoidal, con base redondeada y cuello cilíndrico, algo abierto hacia arriba. En la base del cuello se encuentran dos gruesas agarraderas en forma de extremo de tubo. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 62 centímetros; diámetro máximo del cuerpo: 51 centímetros; diámetro de la abertura: 40 centímetros. El contenido de esta urna consistía en los restos de un esqueleto de adulto, así como en una pequeña copa (*cf. infra, i*).

d) Urna de forma aproximadamente ovoidal, con ancha base anular y corto cuello cilíndrico. Dos franjas aplicadas rodean la base del cuello y de la inferior de ellas se desprenden dos brazos doblados en el codo en ángulo recto y terminando en manos. Pequeñas franjas aplicadas en la muñeca de los brazos indican brazaletes. En el centro, entre los brazos, se extiende otra franja aplicada verticalmente, también desprendiéndose de la base del cuello. En su extremo inferior, directamente entre las manos, se encuentra un anillo modelado y aplicado, aparentemente representando el ombligo. La urna estaba cubierta de una tapa en forma de casquete semiesférico y sobre la cual se aplicaron varias franjas representando una cara humana. Una franja horizontal limita la cara hacia arriba, doblándose sus extremos hacia abajo donde forman anillos a manera de orejeras. Una corta franja vertical que se desprende de la horizontal indica la nariz; los ojos están representados por pares de aristas con ranura horizontal. Cerámica: Roja Tosca; altura total (sin tapa): 46 centímetros; diámetro máximo del cuerpo: 35 centímetros; diámetro de la abertura: 23 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto.

e) Urna de forma ovoidal, con pequeña base anular y corto cuello cilíndrico. Alrededor de la base del cuello se encuentra una sencilla franja aplicada, con incisiones transversales decorativas. La parte superior del recipiente muestra dos pequeños brazos modelados, casi horizontales, en los cuales los codos están realzados por la aplicación de pequeñas protuberancias. Pequeñas tiras

transversales indican brazaletes. Encima de los brazos se observan dos protuberancias que marcan los senos, y en el espacio entre las dos manos una protuberancia algo más grande indica el ombligo. Aproximadamente en la periferia máxima del cuerpo se aplicaron dos piernas cortas, con las pantorrillas muy gruesas y franjas transversales indicando ligaduras debajo de la rodilla y encima del tobillo. El sexo masculino está indicado por dos pequeñas protuberancias aplicadas. La urna estaba cubierta con una tapa en forma de casquete semiesférico que representa una cabeza humana, con los ojos, la nariz y la boca, así como la barbilla, por medio de tiras aplicadas, pero sin mostrar adornos adicionales. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 53 centímetros; diámetro máximo del cuerpo: 40 centímetros; diámetro de la abertura: 20 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto y dos vasijas (*cf. infra, i*).

f) Urna de forma ovoidal, con base anular fracturada y cuello cilíndrico abierto hacia arriba. El borde está algo evertido y debajo de él se extienden, en lados opuestos, dos tiras dobladas en forma de una U al revés, adheridas a la pared del cuello y sin formar asas. La tapa semiesférica muestra la representación de dos ojos, una franja horizontal con extremos doblados hacia abajo y anillos aplicados, indicando el adorno de las orejas. No existen los demás rasgos de la cara. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 48 centímetros; diámetro máximo del cuerpo: 35 centímetros; diámetro máximo de la base anular: 6 centímetros. La urna contenía los restos de un esqueleto de adulto.

g) Al lado de la urna *e* se encontraron tres vasijas. La una, toscamente hecha, de forma globular, sin cuello y con pequeña abertura. Diámetro máximo: 22 centímetros. De las otras dos vasijas, sólo se encontraron fragmentos pequeños que no permitieron la reconstrucción. En todos los casos se trató de la cerámica Roja Lisa.

h) Al lado de la urna *b* se encontraron otras tres vasijas, una de forma aproximadamente globular con pequeña abertura y un diámetro máximo de 18 centímetros; la otra globular y con base anular, y cuello cilíndrico que termina en un pequeño borde evertido, de 15 centímetros de diámetro máximo; la tercera estaba demasiado fragmentada para poder apreciar los detalles de forma. Cerámica: Roja Lisa.

i) Dentro de la urna *e* se encontraron dos vasijas: una globular con base anular y cuello cilíndrico, que contenía 132 cuentas de collar, y otra de forma globular con base redondeada y corto cuello cilíndrico que termina en un borde levemente evertido. En la parte superior del cuerpo de esta última vasija se observa un pequeño adorno modelado, que consiste en una tira horizontal, que está separada en la mitad por una incisión transversal profunda. Cerámica: Roja Lisa. Las cuentas de collar son de cuarcita rojiza o blancuzca, de forma tubular y con perforación bicónica.

Entierro F.—En este entierro se hallaron cinco urnas funerarias y cinco vasijas adicionales. Su descripción es la siguiente:

a) Urna de forma ovoidal, con base ancha anular y cuello fragmentado. Carece de tapa y no lleva decoración alguna. Cerámica: Roja Tosca; altura total aproximada: 45 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto.

b) Urna prácticamente idéntica a la anterior, pero con dos brazos modelados aplicados en la parte superior del recipiente. Los brazos carecen de adornos. La urna no tenía tapa. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 48 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto.

c) Urna de forma ovoidal con base redondeada y muy corto cuello cilíndrico. La tapa tiene forma de casquete semiesférico y muestra los rasgos de una cara humana representada por tiras aplicadas. Se indican los ojos, la nariz, la boca y la barbilla. Una franja horizontal delimita la parte superior de la cara y termina en adornos colgantes laterales, en la zona de las orejas. Cerámica: Roja Tosca; altura total (sin tapa): 47 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto.

d) Urna de forma ovoidal algo alargada, con ancha base anular y corto cuello en forma de ancho cono truncado. En la base del cuello se encuentra una franja aplicada, con incisiones transversales como decoración. En la parte superior del recipiente se modelaron y aplicaron dos brazos, marcando los codos por medio de protuberancias e indicando brazaletes en las muñecas y encima de los codos. El ombligo está indicado por una pequeña protuberancia aplicada y el sexo por otras protuberancias. La tapa muestra una cara humana muy estilizada, con nariguera modelada en forma de doble espiral y orejeras elabo-

radas colgantes. Sobre esta tapa se había colocado también un gran fragmento cóncavo de una tinaja, lo que evitó la entrada de tierra al interior de la urna. Cerámica: Roja Tosca; altura total (sin tapa): 48 centímetros; diámetro máximo del cuerpo: 35 centímetros; diámetro de la abertura: 25 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto.

e) Urna subglobular, con pequeña base anular y corto cuello cilíndrico. Aunque en la base el cuello es circular, en su parte superior está algo aplanado lateralmente de manera que la abertura es ovalada. Una doble franja modelada se aplicó alrededor de la base del cuello. En la parte superior del cuerpo se modelaron los brazos, con sus brazaletes y codos marcados; los senos y el ombligo. Debajo de los brazos, ya en la parte inferior del cuerpo, se aplicaron dos cortas piernas, con pantorrillas gruesas y ligaduras transversales. El sexo está indicado por un triángulo equilátero aplicado. La tapa semiesférica lleva la representación de una cara humana, indicándose los ojos, la nariz y la barbilla, así como una franja horizontal que delimita la cara hacia arriba. La nariz está adornada con una nariguera modelada, en forma de doble espiral. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 45 centímetros; diámetro máximo: 45 centímetros; diámetro máximo de la abertura: 25 centímetros; diámetro mínimo: 19 centímetros. Contenido: restos de dos esqueletos de adulto, relativamente bien conservados.

Directamente asociadas a estas urnas y sin formar grupos o conjuntos, se encontraron las siguientes vasijas, todas en estado muy fragmentado:

f) Dos vasijas de forma globular, con base anular baja y alto cuello cilíndrico, que se abre algo hacia arriba. Ambas vasijas llevan en la parte superior del cuerpo, en lados opuestos, pequeños adornos modelados, el uno representando aparentemente un cuadrúpedo, el otro un ave. Cerámica: Roja Lisa, de coloración algo carmelita con manchas ennegrecidas. Altura total aproximada: 18 centímetros.

g) Una pequeña vasija similar a las dos anteriores, pero de base anular más pequeña y carente de decoración.

h) Una vasija en forma de pequeña copa semiesférica, sostenida por una base anular en forma de cono truncado corto. En el borde de la copa hay dos pequeñas aristas modeladas de carácter decorativo. Cerámica: Roja Lisa; altura total: 12 centímetros.

Entierro G.—Este entierro contenía cinco urnas con las características siguientes:

a) Urna de forma ovoidal alargada, con ancha base anular y cuello en forma de ancho cono truncado. Alrededor de la base del cuello hay una doble franja aplicada, con incisiones rectas transversales decorativas. Sobre la parte superior del cuerpo de la urna se aplicaron dos brazos curvos, sin indicación de codos ni de adornos. Las manos están muy estilizadas y entre ellas se encuentra una pequeña protuberancia circular aplicada marcando el ombligo. La tapa tiene forma de casquete semiesférico y lleva aplicados los ojos, la nariz, la barbilla y una nariguera en forma de doble espiral. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 35 centímetros; diámetro máximo: 22 centímetros; diámetro de la abertura: 18 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto.

b) Urna globular con estrecha base anular y corto cuello en forma de ancho cono truncado. Alrededor de la base del cuello se extiende una sencilla franja aplicada. En la parte superior del cuerpo de la urna se aplicaron los brazos con los codos en ángulo recto y la representación de varios brazaletes. Un anillo aplicado y colocado entre las manos marca el ombligo. La tapa de la urna es semiesférica, indicándose en ella una cara humana: ojos, nariz, boca y barbilla; una franja horizontal limita la cara por la frente y termina lateralmente en argollas elípticas. No se indica la nariguera. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 40 centímetros; diámetro máximo: 35 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto.

c) Fragmentos de una urna ovoidal, de base redondeada. Sólo la tapa se pudo reconstruir; es de forma semiesférica y en ella se halla la representación de una cara parecida a la anteriormente descrita. Es distintivo sin embargo que en esta tapa se representan asimismo los brazos y el ombligo. Cerámica: Roja Tosca. Contenido: restos de un esqueleto de adulto.

d) Urna ovoidal con base redondeada y corto cuello cilíndrico. En la parte inferior del cuello sobresalen lateralmente dos agarraderas horizontales macizas. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 30 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto.

e) Fragmentos de una urna subglobular de base redondeada y corto cuello cilíndrico. Cerámica: Roja Tosca; contenido: restos de un esqueleto de adulto.

f) Fragmentos de una pequeña vasija subglobular de ancha abertura. Cerámica: Roja Tosca.

g) Fragmentos de varias pequeñas vasijas globulares, con corto cuello y borde evertido. Cerámica: Roja Lisa.

h) Un hacha fragmentada de piedra, de forma aproximadamente trapezoide, con filo curvo. La superficie está bien pulida; largo: 7 centímetros.

Entierro H.—Las cuatro urnas que constituyen este entierro son las siguientes:

a) Urna de forma subglobular, con estrecha base anular y cuello cilíndrico alrededor de cuya base se encuentra una sencilla franja aplicada. La tapa tiene forma de casquete semiesférico. Ambas partes de la urna carecen de decoración antropomorfa. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 41 centímetros; diámetro máximo del cuerpo: 38 centímetros; diámetro de la abertura: 20 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto.

b) Urna subglobular con ancha base anular y corto cuello cilíndrico; sin decoración alguna. La tapa semiesférica lleva la representación de una cara, pero carente de nariguera u orejeras. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 22 centímetros; diámetro de la abertura: 22 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto.

c) Urna de forma ovoidal, con parte superior muy fragmentada. La tapa es semiesférica y carece de toda decoración. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 28 centímetros; diámetro máximo del cuerpo: 30 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto.

d) Fragmentos de una urna ovoidal de cerámica Roja Tosca. La tapa muestra la decoración antropomorfa típica. Sobre esta tapa se encontró colocado, como protección adicional, un fragmento grande del fondo de una vasija que tenía una base anular. La urna contenía un hacha trapezoide, un volante de huso hecho de hueso y una vasija globular diminuta, dentro de la cual se hallaron dos cuentas tubulares de cuarcita roja. Por lo demás la urna contenía los restos de un esqueleto de adulto.

Entierro I.—El contenido de este entierro fue el siguiente:

a) Una urna prácticamente globular, con corto cuello cilíndrico y borde recto. El casquete aproximadamente semiesférico

de la tapa carece de decoración. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 40 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto y ocho volantes discoides de huso, todos de hueso.

b) Una vasija globular con corto cuello cilíndrico. En la parte superior del cuerpo, casi ya en la periferia máxima, se encuentran en lados opuestos dos pequeñas aristas curvas aplicadas. Cerámica: Roja Tosca; diámetro total: 17 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de un niño y dos cuentas tubulares de cuarcita. Sobre la boca de esta vasija y a manera de tapa se encontró invertida una pequeña vasija muy fragmentada, de forma esférica y cuello cilíndrico, del cual salen dos pequeñas agarraderas sólidas. Altura total: 7 centímetros; diámetro máximo: 11 centímetros.

c) Al lado de la urna *a* se encontró un hacha pulida, de piedra gris clara, de forma trapezoide y con un largo de 12 centímetros.

Entierro J.:

a) Dos grandes urnas casi idénticas, de forma aproximadamente esférica algo alargada, base anular baja y corto cuello. En la base del cuello se aplicó una franja decorada con puntos impresos. Los casquetes de las tapas representan caras humanas, pero carecen de adornos personales. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 43 y 41 centímetros, respectivamente. Contenido: restos de esqueletos de adultos. Dentro de una de las urnas se encontró una vasija pequeña muy fragmentada, de forma globular y corto cuello cilíndrico.

b) Al pie de las dos urnas se encontraron fragmentos de tres pequeños recipientes. El uno es una olla pequeña globular de cerámica Roja Lisa, carente de toda decoración y cuyo diámetro es de 6 centímetros. Otro recipiente tiene forma de copa panda sostenida por una base anular, también carente de toda decoración. La tercera vasija difiere de las descritas, ya que tiene forma de copa con ángulo periférico; en la parte superior, entre la periferia máxima y el borde hay una zona decorada de incisiones finas paralelas que forman una serie de triángulos. En los espacios formados entre estos triángulos hay pequeños grupos de puntos impresos. Dos pequeños cuadrúpedos, aparentemente ranas, se modelaron toscamente y se aplicaron a la pared

superior de la copa. El material es cerámica grisosa, algo tosca, parecido en todo, salvo su color a la Roja Tosca.

c) En el espacio entre las dos urnas se encontró un hacha pulida de piedra, de forma trapezoide y 11.2 centímetros de largo.

Entierro K.—Este entierro, tal como el entierro *L*, estaba algo fuera del cementerio propiamente dicho. Su contenido era el siguiente:

a) Una urna grande de forma subglobular, con corto cuello cilíndrico y dos gruesas agarraderas macizas que salen lateralmente de él. Algunos fragmentos grandes de otro recipiente servían de tapa. Cerámica: Roja Tosca; contenido: restos de un esqueleto de adulto, 18 cuentas tubulares de cuarcita rojiza y una pequeña nariguera de oro. La nariguera tiene forma de lúnula y consiste de una delgada lámina convexa repujada y adornada por una hilera de puntos repujados desde el interior; mide 2 centímetros de ancho (*cf. Reichel-Dolmatoff, 1958 b, p. 78*).

b) Una pequeña vasija globular, con base anular muy baja, corto cuello y borde evertido. Estaba muy fragmentada y se encontró al lado de la urna *a*.

c) En el lado opuesto del de la vasija *b* se hallaron tres figuras antropomorfas de cerámica. La más grande de ellas representa un personaje sentado en un banquito de cuatro patas y sostiene sobre las rodillas una pequeña bandeja panda. Las manos descansan sobre las rodillas y cada una de ellas sostiene lo que parece ser la representación triple de una fruta en forma de mazorca. Los ojos consisten en incisiones rectas que penetran la pared, ya que la figura es hueca y el vértice de la cabeza está abierto, formando así la boca de un recipiente. La figura lleva complejos adornos indicados por tiras aplicadas: collares, orejeras, nariguera, un cinturón y ligaduras en las piernas. Otro adorno cae desde el collar sobre la espalda y del cinturón cuelga por detrás un taparrabo. Las pantorrillas son muy abultadas. El material es cerámica roja y la altura total es de 18 centímetros. La segunda pieza es una tosca figura femenina representada en posición sentada o acurrucada. La nariz es modelada, pero los ojos y la boca consisten en simples incisiones horizontales. Una franja aplicada sobre la cabeza termina lateralmente en cuerpos que caen sobre los hombros, tal vez representando el cabello

largo. Se indican brazaletes y collares por medio de tiras aplicadas. Los senos están marcados por dos puntos profundos y el sexo por una incisión vertical. Altura total: 6.2 centímetros. La tercera figurita es algo más pequeña y muestra una persona acurrucada que sostiene un recipiente en las manos. En esta figura los ojos tienen una forma de "grano de café". Un collar y brazaletes están indicados por tiras aplicadas. Las dos últimas figuras son macizas.

Entierro L.—El contenido de este último entierro fue el siguiente:

a) Una urna grande, de forma aproximadamente ovoidal, con base redondeada y un leve hombro sobre el cual se levanta un corto cuello cilíndrico. Sobre el cuerpo de la urna se modelaron y aplicaron dos brazos delgados, con indicación de brazaletes. Las manos se encuentran al lado del ombligo, que está marcado por un pequeño disco aplicado. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 42 centímetros; diámetro de la abertura: 28 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto. De la tapa de esta urna se encontraron sólo fragmentos muy pequeños.

b) Una urna en forma ovoidal, base redondeada y cuello en forma de cono truncado muy bajo. Alrededor de la base del cuello se aplicó una franja sencilla. Cerámica: Roja Tosca; altura total: 41 centímetros. Contenido: restos de un esqueleto de adulto. La tapa estaba muy fragmentada y no pudo reconstruirse.

c) Una vasija subglobular, con base anular baja, cuello cilíndrico y pequeño borde evertido. Alrededor de la base del cuello se aplicó una franja adornada con incisiones transversales y en dos lados opuestos salen de ella pequeñas tiras aplicadas en un sentido perpendicular. En un lado, debajo de la franja circular, se encuentra la representación modelada y aplicada de un pequeño cuadrúpedo. Al lado de éste se observa una perforación circular, producida aparentemente por un golpe que se le dio a la vasija antes de enterrarla.

d) Una pequeña vasija globular, con base anular baja, cuello cilíndrico y borde evertido. En la base del cuello, en lados opuestos, se observan dos protuberancias aplicadas. La vasija estaba cubierta por una pequeña copa panda en posición invertida. Ambas vasijas son de cerámica Roja Lisa y estaban muy fragmentadas.

e) Una vasija muy fragmentada de cerámica Roja Lisa, de forma semiesférica.

II

SITIOS VECINOS RELACIONADOS

Antes de tratar de la posición cultural y cronológica de La Mesa es necesario describir algunos otros hallazgos que por la naturaleza de sus características parecen eventualmente relacionarse con los materiales descritos por nosotros en las páginas anteriores. Se trata de datos y encuentros esporádicos de vestigios que tal vez permiten ver los hallazgos de La Mesa dentro de un conjunto más amplio. Limitaremos por el momento nuestras comparaciones a la zona de la Sierra Nevada y de sus inmediaciones (Cf. mapa).

Río Enea.—Jorge Isaacs (1884), quien a fines del siglo pasado en misión del Gobierno recorrió gran parte del territorio indígena de la Sierra Nevada de Santa Marta, dice en su informe: “En regiones inhabitadas de la Sierra encontré cementerios cuya existencia desconocían los aborígenes, y uno de ellos especialmente, por la forma de las sepulturas, demuestra su inaveriguable antigüedad: son colinas sobre las cuales aparecen las bocas circulares de urnas enormes de arcilla, tapadas con otras de menor tamaño. En cada una de las primeras había el cadáver de un hombre, y en las chicas el de un niño. Los indígenas que me acompañaban el día que lo descubrí, mostraron natural sorpresa, y averiguándoles luego a qué tribu perteneció aquel cementerio, los sacerdotes businkas y guamakas nada sabían”. (*Isaacs*, p. 301).

Hablando de las cercanías de Dibulla, dice el mismo autor: “En las orillas del río Enea, a inmediaciones de los últimos ramales de la montaña, sobre las llanuras de Chanchico . . . , vi otro cementerio, del cual saqué urnas de arcilla pequeñas, de 40 a 45 centímetros de altura, por 15 o 20 de ancho, más angostas en la base y con tapas, sobre las cuales había bustos de guerreros, reinas y jefes . . . Hallé en las urnas huesos convertidos casi todos en tierra, y unos discos también de arcilla . . .” (*Isaacs, ibid.*).

Río hacha.—En 1894, el explorador francés Joseph de Brettes (1894) recorrió la misma región. En un breve informe habla de sus investigaciones en la región de Río hacha: "...j'ai fait des fouilles à une lieue au sud de Rio Hacha sur les bords du Rio Calanala. Ces fouilles ont amené la découverte de très curieuses poteries dont je vous donne çï-dessous un croquis; ces poteries renferment des ossements. J'ai pu deterrer deux corps de tinajas et un couvercle bien conservé". (*Brettes*, 1894, pp. 212-213). El dibujo que acompaña el informe muestra una urna de cuerpo aproximadamente cilíndrico, cubierta por una tapa con representación antropomorfa de una cara humana. La urna muestra dos agarraderas macizas laterales, tanto en la base del cuello como en la parte baja de la tapa, que sobresalen horizontalmente. La cara de la tapa está adornada con una nariguera anular.

Pueblo Bello.—En 1937, Gustaf Bolinder (1942) efectuó algunas excavaciones en la región de Pueblo Bello, actualmente población mestiza situada en la vertiente meridional de la Sierra Nevada, a unos 1.200 metros de altura sobre el mar. Bolinder encontró en las orillas del río varias pequeñas elevaciones naturales rodeadas de hileras de piedras y utilizadas como lugares de entierro en grandes urnas. En la superficie estos entierros estaban marcados por acumulaciones irregulares de piedras. Se excavaron dos de estos cementerios, con un total de doce entierros. La somera descripción que Bolinder hace del contenido de estas tumbas no deja lugar a duda de que se trata de materiales estrechamente relacionados con los de La Mesa. Se hallaron grandes urnas que, aunque carentes de toda decoración antropomorfa, se asemejan en detalle a las halladas por nosotros. En el cuello de las urnas se observan las mismas agarraderas en forma de protuberancias planas macizas, sobresaliendo lateralmente (*Bolinder*, 1942, Figs. 2-3, pp. 12-17). Dentro de las urnas se encontraron restos de esqueletos humanos y, fuera o dentro de las urnas, se halló gran número de vasijas, cuentas de collar y volantes de huso. Las vasijas ilustradas por Bolinder (*ibid.* Figs. 7-8) corresponden en detalle a tipos hallados en La Mesa y las cuentas tubulares de cuarcita (*ibid.* Fig. 13) se corresponden asimismo. Algunas de las cuentas halladas en Pueblo Bello eran de concha, y también fueron encontrados en las urnas dos objetos de oro que desafortunadamente no están descritos.

Bolinder, juzgando por el gran tamaño de las urnas, que a veces alcanzaban una altura de 70 centímetros (sin tapa), cree que se trataba de entierros primarios, pero nos parece que no hay evidencia para tal suposición, y que más bien eran entierros secundarios, salvo que allí utilizaban urnas algo más grandes que en otros lugares.

Rancho Valerio.—En 1950 el ingeniero suizo, doctor Yves Pret, recorrió parte de la hoya del río Guatapurí que desciende al noreste del río Azúcar Buena, de las faldas de la Sierra Nevada, y encontró un sitio en el cual excavó varias urnas funerarias. Agradecemos al doctor Pret la amabilidad de haber puesto a nuestra disposición sus notas y croquis referentes a este hallazgo y que nos sirven aquí de base para la descripción de este conjunto.

El sitio del río Guatapurí dista aproximadamente 15 kilómetros de Valledupar y se encuentra más o menos a un kilómetro de distancia río arriba de la desembocadura de la quebrada Morro. El lugar de los hallazgos se encuentra algo al norte del sitio denominado Rancho Valerio, en la orilla oriental del río Guatapurí, aproximadamente a 400 metros sobre el nivel del mar. Localizado sobre una loma cubierta de escasa vegetación, deja reconocer en la superficie los vestigios de una serie de construcciones diseminadas sobre una gran extensión de terreno. Se observaron nuevamente tres tipos de construcciones líticas: viviendas, terrazas y entierros. Los sitios de vivienda constan de círculos de piedras y generalmente están bastante distantes entre sí. En sus inmediaciones se observan muros de contención formando terrazas. Los sitios de entierro son pequeños túmulos artificiales, a veces en pares o en grupos, también situados cerca a las casas. Cada túmulo está marcado por una acumulación elíptica de grandes piedras redondas traídas del río, teniendo los túmulos un diámetro promedio de unos 6 metros. Debajo de cada túmulo se hallaron varios entierros marcados en la superficie por un círculo de piedras aproximadamente de 2.30 metros de diámetro.

Se excavaron cuatro entierros, conteniendo cada uno una sola urna funeraria. En tres de las urnas se encontraron restos muy desintegrados de huesos humanos, cuentas de collar y un hacha de piedra. Las urnas de Rancho Valerio tienen forma ovoidal, con base redondeada y ancho cuello cilíndrico que se

abre levemente hacia la boca. El borde vertical termina en un labio redondeado. Las medidas de un ejemplar representativo son las siguientes: altura total: 78 centímetros; altura del cuello: 22 centímetros; diámetro máximo del cuello: 45 centímetros; diámetro de la abertura: 48 centímetros. Las urnas estaban cubiertas de tapas semiesféricas. El material es cerámica roja bastante tosca, sin decoración alguna. Dentro de las urnas se hallaron numerosas cuentas de collar manufacturadas de cuarcita roja y rosada, así como de diversas piedras verdosas y grisosas. Las formas de las cuentas son: tubulares largas, tubulares levemente fusiformes, esféricas y discoides. Asociada a una urna se encontró un hacha de piedra, de forma trapecoide que mide 11 centímetros de largo, por un ancho máximo de 5.5 centímetros.

Río Seco.—En 1951 recibimos noticias de un extenso sitio de entierros situado en las orillas del río Seco, en la zona denominada Potrero de Morillo. A principios de 1952, por sugerencia nuestra, el señor Joaquín Parra Rojas, entonces Director del Instituto Etnológico del Magdalena, inició una serie de excavaciones en esta región, que llevaron al hallazgo de un conjunto importante para la definición del complejo funerario en cuestión. Las excavaciones abarcaron varios sitios de entierros que contenían urnas funerarias. La somera descripción que damos a continuación se basa en un rápido estudio de la colección, poco después de haberse efectuado las excavaciones, así como en conversaciones con el señor Parra Rojas y en una serie de fotografías que éste tuvo la gentileza de obsequiarnos.

El río Seco desciende de la vertiente oriental de la Sierra Nevada entre las faldas hoy estériles y cubiertas casi únicamente de paja. A unos 800 metros de altura, sobre una serie de leves elevaciones que se observan a lo largo del río y que son de origen natural, se hallaron acumulaciones de piedras grandes redondas, evidentemente traídas del lecho del río, formando pequeños montículos. El diámetro de cada montículo es de 5 a 6 metros. Después de remover esta capa de piedras, se encontró casi inmediatamente debajo de un delgado estrato de tierra, gran número de urnas funerarias de entierro secundario, asociadas a las cuales se hallaron vasijas, adornos y utensilios de trabajo. Las urnas, todas manufacturadas de una arcilla tosca de color rojo-carmelita, aparecen bajo varias formas: algunas son ovoidales con ancho cuello en forma de cono truncado invertido; otras son subglobu-

lares, y una tercera categoría consiste en urnas casi globulares con muy corto cuello y borde evertido. En su mayoría estas urnas se encontraron cubiertas de tapas aproximadamente semiesféricas, pero no está claro si se trata de tapaderas especialmente hechas o simplemente de recipientes invertidos. Algunas de las urnas tienen gruesas asas en forma de D, uniendo la base del cuello con la parte superior del cuerpo del recipiente.

En asociación directa con estas urnas se encontró gran número de vasijas, algunas similares o prácticamente idénticas a las encontradas por nosotros en La Mesa, otras claramente piezas importadas desde el valle del río Ranchería, ya que se trata de vasijas pertenecientes al período Portacelli. Son pequeñas copas finamente trabajadas y con la característica decoración pintada representando hileras de aves (*Reichel-Dolmatoff*, 1951, Láms. XI, XII, XIV). Además, se encontraron varios adornos de cobre, oro y cobre dorado, de evidente tipología tairona, que corresponden en detalle a los encontrados por Mason (1936, Pl. CXLVII, nos. 1-2, 4), en Gairaca. Se hallaron también algunos adornos de concha, volantes de huso y varias hachas de piedra de forma trapezoide. Asociados a una urna se encontraron varios objetos de hierro forjado, en forma de gruesas placas triangulares alargadas, de unos 15 centímetros de largo. Estos objetos parecen haber sido destinados a ser transformados en hachas o cavadores y posiblemente se trata de una forma estandarizada para el comercio entre españoles e indios, ya que las piezas coinciden en detalles.

Del rápido examen que pudimos hacer de esta colección, obtuvimos la impresión de que no se trataba de un conjunto perteneciente a una misma fase de desarrollo, sino que los diferentes grupos de urnas representaban unidades distintas en un sentido cronológico y estilístico. En efecto, parece tratarse de una secuencia que comienza con elementos característicos de La Mesa, asociados con las vasijas de Portacelli, y que termina con la urna a la cual estaban asociadas las hachas de hierro. Pero, tal como dijimos, esta impresión se basa sólo en una apreciación de los rasgos más generales que pudimos observar durante nuestro corto examen. Sería de máxima importancia que Parra Rojas publicase un análisis detallado de las piezas y de sus asociaciones, ya que los materiales de río Seco tipológicamente son muy variados y prometen aclarar ante todo el problema de las relaciones cronológicas entre las culturas Tairona, Portacelli y La

Mesa. (*Reichel-Dolmatoff*, 1951, pp. 190 - 198). Dejamos, pues, abierta esta cuestión y esperamos que ese material no quede inédito.

Hato Nuevo.—En 1953, el doctor Darío Suescún, entonces encargado de las obras de explotación en la zona carbonífera de El Cerrejón, valle del río Ranchería, comunicó al Instituto Colombiano de Antropología el descubrimiento de un sitio arqueológico en la vecina región de Hato Nuevo. El caserío de Hato Nuevo dista unos 15 kilómetros en línea recta de Barrancas (*Reichel-Dolmatoff*, 1951) y está situado al pie de las últimas estribaciones nor-orientales de la Sierra Nevada, sobre las orillas del río Ranchería. Tuvimos la ocasión de visitar el sitio en compañía del señor Joaquín Parra Rojas, en misión del Instituto, pero desafortunadamente la mayoría de los objetos ya había sido destrozada por la gente de la región, y tuvimos que limitar nuestras excavaciones a una pequeña zona que aún quedaba intacta.

El sitio arqueológico se encuentra aproximadamente a medio kilómetro al este de la población, en una zona de barrancos muy erosionados y profundamente disectados por zanjas y grietas. En un pequeño terreno elevado, rodeado por todos lados de profundas grietas, se halló una urna funeraria y varios fragmentos de algunas otras, todo a una profundidad de 80 centímetros de la superficie. La urna, y a juzgar por los otros fragmentos también las demás, tiene forma ovoidal y carece de cuello. La altura total es de unos 35 centímetros. En la parte superior del cuerpo del recipiente se encuentra una cara modelada de manera muy tosca y estilizada. La representación consiste de un abultamiento aproximadamente semiesférico, de unos 12 centímetros de diámetro, limitado en su parte superior por una gruesa arista transversal. Los rasgos faciales consisten en una gran nariz curva, la boca y los ojos, estos tres últimos modelados de cuerpos elípticos gruesos, con incisión longitudinal. Lateralmente, es decir, continuando los extremos de la arista que corre sobre la parte superior de la cabeza, se encuentran dos prolongaciones en forma de S, que consisten en gruesas tiras aplicadas, que representan aparentemente los brazos. Las urnas estaban cubiertas de grandes fragmentos en lugar de tapas y contenían algunos restos muy deteriorados de huesos humanos. El material cerámico es arcilla ocre rojiza, que contiene abundantes inclusiones de arena

cuarzosa. La superficie es áspera y muestra muchas irregularidades. Junto a las urnas se encontró un hacha de piedra gris, de forma trapezoide ancha. La gente de la región nos informó, además, que con frecuencia se hallaron dentro de estas urnas numerosas cuentas de collar de cuarcita, así como volantes de huso.

Río Tapias.—En 1955 el señor Aquileo Parra, residente en Camarones, población situada entre Río-hacha y Dibulla, encontró en las orillas del río Tapias varias urnas antropomorfas. No conocemos los detalles de este hallazgo, pero pudimos examinar dos de las tapas. La una consiste en un casquete en forma de cono truncado y representa el tronco de una persona, sobre el cual se levanta una cabeza ancha y por arriba plana, aproximadamente triangular vista de frente. Dos brazos curvos se modelaron y aplicaron sobre el torso y tres pequeñas protuberancias semiesféricas marcan los senos y el ombligo. En el cuello se aplicaron dos collares, el uno en forma de franja sencilla con incisiones transversales, el otro como una franja que lleva cinco pequeños adornos zoomorfos modelados (ranas?). Aproximadamente debajo de los codos salen agarraderas horizontales macizas. Los ojos están formados por protuberancias elípticas, con incisión longitudinal. La nariz consiste en una arista modelada, larga y prominente. La oreja izquierda está adornada con un gran pendiente modelado, que cae hasta la altura del hombro, formado por un cuerpo alargado compuesto de pequeñas pelotas, aparentemente simulando cuentas. Del lado derecho de la cara se ve solamente el plan donde se fracturó la oreja y su adorno. La cabeza parece cubierta de una especie de gorro, indicado por una ancha arista plana decorada con líneas incisas y puntos impresos. El vértice de la cabeza es plano y lleva cinco perforaciones que se extienden en hilera de oreja a oreja. Algunas pequeñas perforaciones circulares se encuentran también en el borde interior de la tapa y parecen haber servido para amarrarla sobre la urna. En la cara se observan además dos rasgos de interés: debajo de cada ojo se encuentran dos líneas incisas paralelas, aparentemente indicando lágrimas. Hemos observado este rasgo ya en las urnas de Los Cocos (*Reichel-Dolmatoff*, 1951, pp. 163-165, Lám. XVI), donde estas lágrimas están representadas por medio de pintura. Otra característica es la siguiente: la nariz está adornada con una nariguera modelada de la misma arcilla, cuya forma es la de un clavo torcido, es decir, ambos

extremos del grueso anillo terminan en discos planos a manera de cabeza de clavo. De especial interés es el que esta nariguera que se representa como pasando por el tabique perforado de la nariz, no cuelga simétricamente de éste, sino se representa en posición tal que su abertura mira hacia el lado derecho de la cara y no hacia abajo. La tapa está hecha de arcilla roja grisosa, algo granulada. Entre las inclusiones arenosas se notan pequeñas partículas de conchas, pero no está claro si éstas se añadieron como desgrasante o si estaban contenidas ya en la arena que se mezcló con la arcilla. La altura total de la tapa es de 26 centímetros y el diámetro máximo de su base mide 22 centímetros.

La segunda tapa consiste en un cuerpo campaniforme, sobre el cual se levanta una cabeza relativamente pequeña. La forma de la cabeza es aproximadamente triangular, aplanada por arriba y con una profunda depresión ovalada en cuyo fondo se encuentran varias perforaciones. Los ojos son cuerpos elípticos protuberantes, con incisión longitudinal y la nariz es una pequeña protuberancia redonda a la altura de los ojos. La boca consiste en una corta incisión horizontal. Ambas orejas llevan grandes adornos que caen sobre los hombros, formando cadejos compuestos de múltiples anillos. Sobre el pecho cuelga un collar que consiste en una tira aplicada, de la cual se desprenden cortos cuerpos en un sentido perpendicular. La nariz lleva una nariguera en forma de lúnula gruesa, con seis puntos decorativos impresos. En la parte superior de la cabeza, formando el borde de la depresión ovalada, se observa una arista con líneas incisas y puntos impresos, representando un gorro parecido al de la pieza arriba descrita. Los senos y el ombligo están indicados por pequeños cuerpos semiesféricos aplicados y dos agarraderas macizas sobresalen horizontalmente de la mitad del cuerpo campaniforme. El material cerámico corresponde en detalle al descrito para la primera tapa. La altura total es de 29 centímetros.

Los Venados.—En el Museo del Colegio Biffi, de los Hermanos Cristianos, en Barranquilla, se encuentra la tapa de una urna funeraria que, según el catálogo, procede de Los Venados y que contenía restos humanos. Este lugar queda cerca de las orillas del río Garupal, que desciende de las faldas meridionales de la Sierra Nevada y corre luégo en dirección sur-oriental para desembocar en el río Cesar. El objeto en cuestión es una tapa en forma de gran casquete, sobre cuyo lado se modeló una cara

humana. Los ojos consisten en aristas elípticas aplicadas, separadas por una profunda incisión longitudinal. Sobre ellos se modelaron y aplicaron las cejas en forma de dos arcos que se unen en la mitad para continuarse luégo en una nariz prominente, de dorso curvo y tabique perforado, pero no adornada. La representación de la boca es parecida a la de los ojos, pero algo más grande. Lateralmente se modelaron y aplicaron las orejas que muestran perforaciones circulares en el lóbulo. Toda la cara está enmarcada por una gran arista curva que delimita las facciones de la demás superficie del casquete. La tapa está manufacturada de arcilla de color rojo-carmelita obscuro, con un desgrasante de arena medianamente fina. La superficie está muy bien alisada y toda la pieza se encuentra en buen estado de conservación. La altura total es de 13.5 centímetros, con un diámetro máximo de 12.5 centímetros.

En 1958 visitamos Los Venados, pero, según se nos informó en la localidad, el sitio donde se habían hallado las urnas en años anteriores, había desaparecido en una creciente del río. Sólo pudimos recoger algunos fragmentos cerámicos que se encontraron diseminados superficialmente al pie del barranco del río. Las características de este material, un total de 64 fragmentos, son las siguientes: todos los fragmentos pertenecen a varios recipientes grandes, aparentemente tinajas o urnas, de unos 40 a 50 centímetros de altura. La forma parece haber sido ovoidal o subglobular, con base redondeada y carente de cuello propiamente dicho. El material es arcilla rojiza con abundantes inclusiones cuarzosas blancas. La superficie es algo áspera e irregular y la técnica de manufactura fue la de tiras superpuestas a juzgar por el tacto, la fragmentación y aun el aspecto del interior. Los bordes son levementes evertidos, de sección redonda, pero hay dos ejemplares en los cuales el extremo adelgazado de la pared se dobló hacia afuera y abajo hasta adherirse otra vez a la parte exterior del recipiente. Este tipo de borde es evidentemente muy parecido al de la cerámica utilitaria de Portacelli. Por lo demás, el material no se presta para mayores comparaciones ya que carece de decoración u otras características específicamente distintivas.

Trataremos ahora de comparar estos diversos hallazgos entre sí. Los materiales de La Mesa, Pueblo Bello, Rancho Valerio, Río Seco, Río Enea y Río Tapias, coinciden, como hemos visto, en muchos detalles. En todos estos sitios se trata de grandes urnas

de entierro secundario depositadas debajo de características acumulaciones de piedra. En todos los casos (excepto en el Río Enea, de donde faltan informaciones) se halló un ajuar parecido consistente de vasijas que se asemejan, de cuentas tubulares de cuarcita, de hachas trapezoides, volantes de huso y generalmente objetos de oro o cobre. Las urnas antropomorfas (La Mesa, Río Enea) se asemejan ya que se trata de representaciones de cabezas en la tapa, adornadas de narigueras y orejeras, y las demás urnas muestran muchas paralelas estilísticas y tecnológicas. La tapa de Los Venados y el material de urnas de Hato Nuevo también pueden incluirse en este conjunto. La primera es muy semejante a las tapas de La Mesa y las últimas se parecen en muchos detalles a los objetos del Río Tapias. En el cuadro de la página siguiente hacemos una lista de los rasgos más distintivos de estos hallazgos de urnas funerarias.

objetos:	La Mesa	Río Enea	Río-hacha	Pueblo Bello	Rancho Valerio	Río Seco	Hato Nuevo	Río Tapias	Los Venados
Arquitectura.									
Alineación de piedras	+	—	—	+	+	+	—	—	—
Túmulos de piedras	+	+	—	+	+	+	—	—	—
Terrazas de cultivo	+	—	—	—	+	+	—	—	—
Entierros.									
Grupos de urnas	+	+	+	+	+	+	+	+	+
Entierro secundario	+	+	+	+	+	+	+	+	+
Urnas.									
Recipiente antropomorfo	+	—	—	—	—	—	+	—	—
Tapa con busto	(1)	+	+	—	—	—	—	+	—
Tapa cefalomorfa	+	—	—	—	—	—	—	—	+
Agarraderas macizas	+	?	+	+	—	+	—	+	—
Brazos delgados	+	?	—	—	—	—	+	—	—
Decoración aplicada	+	—	+	—	—	—	+	+	+
Franja enmarcando cara	+	—	—	—	—	—	—	—	+
Base anular	+	—	—	—	—	+	—	—	—
Representación de:									
Collares	+	?	—	—	—	—	—	—	—
Narigueras	+	?	+	—	—	—	—	+	(2)
Orejas	+	?	+	—	—	—	—	+	(3)
Brazaletes	+	?	—	—	—	—	—	+	—
Sexo	+	?	—	—	—	—	—	—	—
Senos	+	?	—	—	—	—	—	+	—
Ombbligo	+	?	—	—	—	—	—	+	—
Pantorrillas gruesas	+	?	—	—	—	—	—	—	—
Ajuar.									
Vasijas dentro de urna	+	—	—	—	—	—	—	—	—
Vasijas fuera de urna	+	—	—	—	—	—	—	—	—
Copas de base anular	+	—	—	—	—	—	—	—	—
Vasijas Portacelli	(4)	—	—	—	—	—	—	—	—
Vasijas Tairona	—	—	—	—	—	+	—	—	—
Figurinas antropomorfas	+	—	—	—	—	—	—	—	—
Cuentas de cuarcita	+	—	—	+	+	+	+	—	—
Objetos de concha	+	—	—	—	—	—	—	—	—
Objetos de oro o cobre	+	—	—	+	—	+	—	—	—
Volantes de huso	+	+	—	+	—	+	+	(5)	—
Hachas pulidas	—	—	—	—	—	—	—	—	—

+ = presente. — = ausente. (1) Existe un solo ejemplar. (2) Es posible que la nariz llevara nariguera, que le fue quitada al hallarse la urna. (3) Cf. lo anterior respecto a orejas. (4) Sólo en el sitio de habitación. (5) Según informaciones locales.

Aunque podemos discernir así en el conjunto de los sitios discutidos aquí, una amplia base común así como ciertas paralelas en detalles estilísticos y tecnológicos, por otro lado las diferencias son ocasionalmente tan marcadas que sería difícil atribuir los vestigios a una sola época temporal o a una cultura muy homogénea. Si observamos por ejemplo los conjuntos de tres sitios: La Mesa, Rancho Valerio y Río Seco, que son tan vecinos, vemos que difieren en muchos aspectos que sugieren que tal vez no se trató de un desarrollo coetáneo, sino de diversas etapas cronológicas o de culturas algo diferenciadas entre sí. Con la urna de las hachas de hierro, de Río Seco, tenemos sólo una fecha final aproximada de estos desarrollos, pero su duración total, desde el primer comienzo de una configuración característica del complejo, bien puede haberse extendido a través de varios siglos anteriores.

Como observación final añadiremos que en gran parte del territorio donde se hallan vestigios de la cultura de las urnas existen petroglifos grabados en las rocas, a veces en las cercanías de los sitios arqueológicos. (*Cotes*, 1945; *Isaacs*, 1884, Pl. 1-4; *Mason*, 1931, Pl. I-V; 1936, Pl. LXV, Figs. 2-3; *Pérez de Barradas*, 1941, pp. 12-15). Este dato puede ser de interés a la vista de nuestras comparaciones ulteriores.

III

RELACIONES CON LA CULTURA TAIRONA

Al tratar de localizar el complejo de La Mesa en tiempo y espacio, el primer problema que se nos plantea es el de su relación con la vecina cultura Tairona. Pero antes de proceder a un análisis comparativo debemos examinar la evidencia relativa a la posición cronológica, que puede observarse en La Mesa y los sitios que tentativamente hemos relacionado con el complejo.

En términos generales se puede afirmar que las urnas funerarias de entierro secundario ocupan en la arqueología colombiana una posición cronológica relativamente reciente. En ningún caso hemos observado su existencia en sitios de tipo formativo y en el norte del país aparecen por primera vez en el período de Tierra Alta (*Reichel-Dolmatoff*, 1958, pp. 50-51), es decir, en una fase de desarrollo cultural bastante tardía. En efecto,

las urnas funerarias son características de la gran época que hemos designado como Invasionista (*Reichel-Dolmatoff*, 1956, pp. 301-302) y cuyos vestigios más recientes en Colombia alcanzan hasta la conquista española. Una serie de elementos específicos se observan en La Mesa y en los sitios relacionados, indicativos también de su reciente posición cronológica. Podemos mencionar la asociación en La Mesa y Río Seco con vasijas de Portacelli; las agarraderas características de La Mesa se hallaron en El Porvenir (*Reichel-Dolmatoff*, 1951, pp. 275, 278, 279); la gran semejanza entre las tapas antropomorfas del Río Tapias y las de Tamalameque (*Reichel-Dolmatoff*, 1953, Lám. XX); la asociación de objetos metálicos en lo general y la de narigueras de tipo reciente (cf. Río Tapias) en lo especial (*Reichel-Dolmatoff*, 1958, Fig. 2, Nros.: 1-2, p. 91), y desde luego, las hachas de hierro de Río Seco. Ya que La Mesa y los sitios emparentados caen todos esencialmente dentro de la gran etapa Invasionista, se puede pensar en una contemporaneidad, al menos parcial, con la cultura Tairona. Pero aquí cabe una advertencia: ni dentro de la cultura Tairona, ni dentro del conjunto de las urnas funerarias aquí descritas disponemos aún de una escala temporal adecuada. Por consiguiente, todavía no podemos comparar unidades cronológicas más pequeñas sino debemos contentarnos forzosamente con comparar grandes conjuntos de duración aún indeterminada y probablemente coetáneos sólo en ciertas fases de su desarrollo, pero no necesariamente en todas.

Al comparar ahora La Mesa con las manifestaciones de la cultura Tairona, debemos primero tener en cuenta que se trata ante todo de comparaciones entre complejos ceremoniales, en tanto que nos referimos a sitios de entierros. Veremos en primer lugar de qué informaciones se dispone acerca de las costumbres funerarias de los antiguos Tairona. Son dos nuestras fuentes al respecto: las descripciones de los cronistas del siglo XVI y la arqueología. Consideremos primero los datos históricos. Oviedo (II, pp. 313-314) observó en 1514, en las inmediaciones de la actual ciudad de Santa Marta, la siguiente costumbre: "... se halló que en algunos Aposentos apartados de las Casas, adonde moraban, tenían los Huesos, i Ceniças de sus Antepasados, que los conservaban en algunas Urnas, o Vasos grandes de Tierra cocida, pintados: i otros no osaban quemarlos, sino desecados al fuego, i cubiertos con mantas de Algodón, los tenían con gran reverencia, i en las Mantas ponían algunas Cadenillas de Oro, i

Planchuelas delgadas". Juan de Castellanos (1847, pp. 258, 276), quien también conoció personalmente la región de Santa Marta, alrededor de 1545, da una detallada descripción de las sepulturas que él excavó. Dice que la forma del entierro era la de un pozo profundo con una bóveda lateral cubierta de lajas, dentro de la cual estaba sentado el cadáver sobre un banquillo, adornado de collares y objetos de oro, y acompañado por vasijas conteniendo alimentos. Pedro Simón (1882, V, p. 34), hablando de los indios de Bonda (a 15 kilómetros de Santa Marta) en la época de 1575, dice lo siguiente: "...pusieron los cuerpos a fuego manso sobre barbacoas, cogiendo el graso, por ministros que para esto tienen señalados, en ciertos vasos, de que beben los más aventajados en la guerra, y después acaban de convertir en ceniza el cuerpo". Hablando de los indios de la región de Santa Marta en lo general, el mismo cronista da una descripción diferente cuando dice: "En muriendo la persona, le doblaban antes de enfriarse el cuerpo, y así la enterraban... en bóvedas, con sus joyas, mujeres y esclavos". (*Ibid.* V, p. 218).

La pseudomomificación desde luego no excluye el entierro secundario en urnas, pero en el tipo de entierro descrito por Castellanos sí parece tratarse de un entierro primario definitivo. Aunque, como veremos más adelante, las investigaciones arqueológicas han demostrado que los Tairona tuvieron diversas formas de entierro, es muy probable que en la zona de Santa Marta descrita por los cronistas, se haya tratado de dos culturas aborígenes vecinas pero distintas, practicando los grupos del litoral el entierro secundario en urnas, mientras que los grupos de las estribaciones montañosas practicaban más bien el entierro primario en bóvedas o en pozos recubiertos de lajas. En efecto, la descripción que hace Oviedo en 1514 de las urnas funerarias, corresponde a un grupo costanero que este mismo autor caracteriza además por: antropofagia, cabezas de trofeo, collares de dientes humanos (*Oviedo*, VI, p. 139) y grandes tambores colgantes, de madera (*ibid.* VI, p. 137), elementos todos que no aparecen en las descripciones que los cronistas dan de los Tairona de las estribaciones. Ya que sobre este tema de las diferencias culturales entre el litoral y la sierra se han presentado datos en otro lugar, a los cuales puede referirse el lector (*Reichel-Dolmatoff*, 1951, pp. 60-61; 1953, pp. 24-25) nos queda por revisar lo que la arqueología ha podido descubrir hasta ahora acerca de las costumbres funerarias de los Tairona.

Según nuestros conocimientos actuales, los Tairona protohistóricos y prehistóricos tardíos, practicaban dos formas de entierro: el entierro primario definitivo en pozos o sepulturas más o menos profundas, frecuentemente revestidas y cubiertas de grandes lajas; y el entierro secundario en urnas. Algunos entierros del tipo descrito por Castellanos (*cf. supra*) fueron excavados cerca de San Pedro Alejandrino, en las inmediaciones de la ciudad de Santa Marta, por Francis C. Nicholas, en 1885 (*Mason*, 1931, pp. 23-24). Los materiales hallados en estos entierros se encuentran en el American Museum of Natural History, New York, y no han sido estudiados aún sistemáticamente, pero a juzgar por las someras líneas que Mason dedica a ellos, se trata de objetos pertenecientes a la cultura Tairona. El mismo Mason encontró algunos entierros en tumbas recubiertas de lajas, en varios sitios, pero halló también gran número de urnas funerarias en la bahía de Gairaca, al este de Santa Marta (*Mason*, 1931, pp. 25-31), aunque en el mismo sitio se encontraron también entierros primarios aparentemente definitivos. En las bahías de Nahuange y Palmarito, aún más hacia el Este, se encontraron asimismo entierros en urnas (*Mason*, 1931, pp. 37, 39, 47), mientras que en esta última localidad y en la bahía de Guachaquita, se encontraron entierros primarios en posición de cuclillas (*ibid.* pp. 40, 47). Otras urnas se encontraron en la zona de los Cóngolos, también cerca de Santa Marta (*ibid.* pp. 58-59). Más hacia el Este, Mason (*ibid.* pp. 127-130) menciona algunas urnas en el litoral de Dibulla y Ríoacha, así como en Bongá, un sitio en las estribaciones de la Sierra Nevada. En Pueblito, el sitio principal explorado por Mason, no se encontraron entierros en urnas sino sólo sepulturas revestidas y cubiertas de lajas. Gregory Mason (1940, pp. 211-214; 303-304), quien en 1936 también excavó en Gairaca, encontró asimismo urnas funerarias y sugiere que en un caso puede haberse tratado de un entierro primario dentro de una urna, pero esta interpretación es muy discutible. En el curso de nuestras propias excavaciones en la región general de Santa Marta, entre 1946 y 1950, no hallamos entierros de ninguna clase, ya que limitamos nuestras investigaciones principalmente a sitios de habitación. Es de observar que en todos los casos, las excavaciones citadas se efectuaron en sitios pertenecientes esencialmente a una sola época cultural.

Ahora bien: si se considera a grandes rasgos el conjunto excavado en La Mesa, se diría a primera vista que tiene poco

o ningún parentesco con la cultura Tairona. Al hablar de un estilo Tairona pensamos en construcciones de lajas talladas, en vasijas negras de formas complejas, en silbatos finos biomorfos, hachas monolíticas, etc., y estos elementos evidentemente no aparecen en La Mesa. En cambio allí encontramos rasgos que parecen propios a un nivel cultural inferior: viviendas dispersas, toscas urnas, vasijas burdas, representaciones humanas rudimentarias. Pero esta impresión es engañosa y tan pronto como entramos en el análisis de detalles debemos forzosamente cambiar de criterio.

Una comparación entre las urnas funerarias descritas en la literatura arqueológica sobre la cultura Tairona con las excavadas por nosotros en La Mesa, muestra ciertas paralelas significativas. En efecto, las urnas de la zona de Santa Marta, sobre todo las de Gairaca, se encontraron en grupos, formando verdaderos cementerios. Manufacturadas de cerámica roja más bien burda, estas urnas aparecen bajo formas globulares, subglobulares u ovoidales, provistas a veces de bases anulares y de cuellos cilíndricos anchos, más o menos altos. Muchas, aunque no todas las urnas, son antropomorfas, indicándose las facciones y demás rasgos humanos, así como también los adornos personales, por medio de aplicaciones modeladas. Asociadas a ellas se encuentran vasijas de tamaño menor, cuentas de collar, adornos de concha y objetos metálicos de oro y cobre. Al considerar ahora ciertos detalles pormenorizados, las semejanzas son más fuertes aún. Los rasgos antropomorfos de ambos grupos de urnas coinciden en muchos aspectos: a) La franja horizontal que enmarca la cara y desciende lateralmente hacia las orejas; b) La representación de los brazos como cuerpos extremadamente delgados (*cf.* por ejemplo *Mason*, 1939, Pl. CLXVII y CLXVIII). En esta última lámina, la urna muestra además cortas piernas con las pantorrillas muy gruesas, tales como las que se observan en las urnas de La Mesa. La representación de los adornos personales también coincide en muchos detalles: collares formados por una franja aplicada, con incisiones transversales o puntos impresos; orejeras anulares o en forma de cadejo; narigueras de diversas formas (*ibid.* Pl. CLXXVII-CLXXIX, CXCIII). También coinciden en forma y material las cuentas tubulares de collar y las hachas trapecoides bien pulidas, y finalmente observamos en ambos casos la asociación de los entierros o cementerios con construcciones líticas o la alineación de piedras.

Estas comparaciones nos sugieren pues, que sí existe un parentesco significativo entre la cultura de La Mesa y las urnas funerarias tairona del litoral. Pero es necesario subrayar aquí que se trata de una comparación entre complejos funerarios solamente y no entre configuraciones culturales más amplias. Si hablamos pues de parentescos, no queremos decir necesariamente que se trata de una tradición común. Es pertinente entonces destacar aquí también algunas diferencias que se observan entre los dos conjuntos.

En primer lugar, en el caso de Santa Marta, no parece tratarse de urnas manufacturadas con el fin expreso de servir a un uso funerario, sino simplemente de grandes tinajas de uso doméstico, cuyo empleo como urnas fue opcional. Muchas de estas grandes tinajas antropomorfas se han encontrado en sitios tairona sin ser utilizadas como urnas sino simplemente como recipientes de uso doméstico. Las urnas antropomorfas de La Mesa, en cambio parecen ser hechas con el propósito especial funerario. No hemos encontrado fragmentos de ellas en los sitios de habitación, ni tampoco parece que estas urnas hayan sido utilizadas antes del entierro, pues todas dan la impresión de ser nuevas, hechas expresamente para su uso específico como receptáculos de esqueletos. En segundo lugar, en las urnas del litoral de Santa Marta, la cabeza antropomorfa siempre está representada en el cuello del recipiente, y no en la tapa como es el caso en La Mesa. En la región de Santa Marta, en efecto no se usaban tapas especiales para las urnas, sino éstas se cubrían simplemente con otro recipiente más pequeño invertido o con un fragmento grande de cerámica. Sin embargo, la idea de manufacturar tapas a propósito para cubrir cierto tipo de vasijas, no falta en la zona de Santa Marta, ya que la mayoría de las vasijas designadas como ofrendatarios llevan tapaderas (*Mason, 1939, pp. 356-360*). Otras diferencias, pequeñas pero tal vez significativas, son las siguientes: en las urnas de La Mesa los ojos se representan generalmente por una arista elíptica con incisión longitudinal, forma esta que difiere de la representación correspondiente en la zona de Santa Marta, como se ve en el material ilustrado por Mason y nosotros. En esta última región nunca se marca la barbilla, como ocurre en La Mesa, ni tampoco coincide la forma de las narices. Pero no obstante estas pequeñas diferencias estilísticas, las semejanzas predominan en tal grado que podemos concluir que las urnas de la

zona del litoral y las de La Mesa son el producto de una interacción cultural definida, aunque no necesariamente de culturas estrechamente relacionadas. Antes de proceder debemos examinar primero ciertos otros aspectos estilísticos, que parecen de importancia.

Si bajo la denominación "Cultura Tairona" entendemos un conjunto característico de elementos estilísticos y tecnológicos, situados dentro de cierto ambiente ecológico y geográfico, y ocupando una posición cronológica reciente (tal como ha sido descrito por Mason y nosotros), entonces, superficialmente por lo menos se podría decir que La Mesa cae dentro de este conjunto, es decir, pertenece a la cultura Tairona. Pero tan pronto como tengamos en cuenta detalles y como comparamos las inferencias sociológicas más amplias que se pueden derivar de los vestigios, hay que constatar que se trata de dos formas culturales bien distintas. En La Mesa se trata de poblaciones pequeñas, distantes entre sí. No hay templos ni objetos de culto. No hay caminos enlajados, ni canales, ni puentes; en otras palabras, no hay las grandes obras públicas que caracterizan la cultura Tairona. En La Mesa no se tallan las piedras que se utilizan en las pocas construcciones, que además son pequeñas y arquitectónicamente muy inferiores a las del territorio tairona de Santa Marta. En La Mesa falta por completo la cerámica negra, tan característica en la cultura tairona; faltan las grandes bandejas, las sartenes, los grater-bowls, los ofrendatarios, la cerámica diminuta, etc., todos elementos integrales del estilo tairona. También faltan los silbatos y la multitud de objetos líticos finamente trabajados como son las placas aladas, las hachas monolíticas y los bastones pulidos. Falta asimismo la decoración incisa de líneas finas, la decoración excisa, el motivo de la jeta felina con colmillos salientes, el motivo del ave con cresta y pico largo, el motivo del reptil. En fin, lo que queda de "tairona" en el conjunto hallado en La Mesa (y en los sitios emparentados) son la alineación de piedras; algunas semejanzas de forma en las vasijas; las cuentas de collar de cuarcita y las pequeñas ranas de cobre que se hallaron en Río Seco. Por cierto, hay un conjunto estilístico que aparece claramente tanto en La Mesa como en los sitios tairona: las urnas con sus representaciones antropomorfas y su decoración aplicada. No cabe duda de que aquí hay un parentesco muy marcado, pero ahora se plantea la pregunta: ¿es este estilo ver-

daderamente propio de la cultura Tairona, o es acaso un elemento intruso?

Si analizamos la cerámica tairona se observan en ella dos estilos principales bien definidos. Es más, lado a lado aparecen en ella dos conceptos artísticos, dos modos de representación biomorfa, dos maneras distintas de utilizar el medio de la arcilla y de darle forma. Uno de estos dos estilos es el que caracteriza lo tairona en el sentido de una cultura avanzada tecnológica y estilísticamente; el otro es más "primitivo" por decirlo así, es más burdo pero más libre, y con él se encuentran semejanzas con culturas arqueológicas distintas y muy dispersas sobre grandes áreas. Por el momento nos referiremos a estos estilos como Tairona Propio y Tairona Asociado. Trataremos de definirlos en más detalle.

Estilo Tairona Propio: en lo que se refiere a las formas generales de la cerámica, este estilo se observa principalmente en vasijas de silueta compuesta, copas con fuerte ángulo periférico u hombro muy marcado, tetrápodes, vasijas dobles o de pico tubular, vasijas de base anular y alto cuello cilíndrico. La decoración es excisa (triángulos con disco central; espirales sencillas, dobles o sigmoideas), incisa con líneas finas y triángulos de cortas líneas paralelas; modelada representando: reptiles, aves, murciélagos, felinos, ranas, animales antropomorfizados. La mayoría de las ocarinas y pequeñas representaciones biomorfas pertenecen a este estilo. Muy características son: cabezas de ave con pico curvo y una cresta de espirales en la cabeza; reptiles con arruga interocular, hileras de dientes y el extremo del hocico formando una voluta; culebras enrolladas y decoradas con triángulos excisos o incisos, con punto central; felinos con lengua saliente y grandes colmillos; animales antropomorfizados o representaciones humanas con grandes atavíos semicirculares en la cabeza; personajes sobre cuya propia cabeza se ve otra de un animal; aves estilizadas modeladas con alas abiertas en la parte superior de vasijas negras; ranas o sapos modelados que parecen trepar por el borde de vasijas, generalmente copas. En sí, estas piezas y su decoración no se manufacturaron *añadiendo* material, sino modelando la pieza entera y luégo decorándola con instrumentos cortantes o punzantes, trabajando en una arcilla ya bastante seca. Es un arte de precisión y simetría. Muchas veces los objetos parecen sobrecargados de detalles decorativos y en ocasiones la utilidad de la pieza se sacrifica a una

forma compleja. En las representaciones biomorfas es característico el énfasis que se pone en la representación detallada de la zona oral, lo que con frecuencia da cierto aire de ferocidad a las cabezas así tratadas. Elementos del mismo estilo se observan luégo en los finos objetos líticos, así como en la metalurgia.

Estilo Tairona Asociado: en lo que se refiere a las formas de la cerámica, éstas son sencillas y compactas, predominando cuerpos globulares, subglobulares, ovoidales, grandes bandejas y platos. Son frecuentes las bases anulares bajas, las asas verticales u horizontales en forma de D y los bordes evertidos gruesos. Muchos recipientes muestran un ángulo algo saliente en la región donde se une el cuello con el cuerpo, y los recipientes en forma de copa o de vasija aproximadamente cilíndrica tienen a veces un hombro algo angular, decorado con muescas impresas. Es característico que el material generalmente es arcilla roja algo burda. La decoración es predominantemente aplicada y combinada con punteado y con algunas líneas gruesas incisas profundamente. Son típicas las franjas aplicadas y luégo adornadas con grandes puntos impresos, formándose así un motivo que parece una especie de cadena. Hileras de pequeñas muescas se encuentran con frecuencia en los bordes, hombros o bases. Las representaciones antropomorfas muestran caras en la pared del cuello de tinajas o vasijas más pequeñas, indicándose a veces las extremidades u otras partes de la figura humana, en la parte superior del recipiente. La cara está generalmente enmarcada por un marco formado por aristas aplicadas, corriendo horizontalmente sobre la frente una arista y en ángulo recto descendiendo lateralmente dos, en la zona de las orejas. Los ojos consisten con frecuencia en pequeñas pelotas aplicadas en forma de "grano de café", pero también existen ojos modelados o simplemente incisos o producidos por un punto impreso. Muchas veces las cejas están aplicadas o modeladas, y forman dos arcos, que en la mitad se unen y continúan en una sola arista ensanchada, que forma la nariz. Las extremidades del cuerpo humano consisten en largos y delgados brazos aplicados, y generalmente también se colocaron aplicados pequeños cuerpos de arcilla indicando: narigueras, orejeras, collares, brazaletes o ligaduras. Representaciones zoomorfas son muy escasas.

En la zona de Santa Marta, sea en el litoral o en las estribaciones montañosas, estos dos estilos son claramente contemporáneos y aparecen juntos en el mismo sitio, sea una vivienda,

un entierro o un templo. A veces, aunque no con frecuencia, los dos estilos se observan en la misma pieza, como por ejemplo cuando una cara antropomorfa del estilo Tairona Asociado aparece en una copa negra con ángulo periférico (*Mason*, 1939, Pl. CC, Fig. 5), o cuando una cara ejecutada en el estilo Tairona Propio, muestra cejas arqueadas (*Mason*, 1939, Pl. CCIV, Fig. 6; *Reichel-Dolmatoff*, 1955, Lám. IX, Fig. 4). El motivo de la lengua saliente, que pertenece al estilo Tairona Propio, se observa a veces en el estilo Tairona Asociado (*Reichel-Dolmatoff*, 1951, Lám. XI, Fig. 6).

En resumen, es evidente que el estilo Tairona Asociado es el que participa básicamente del complejo de La Mesa, mientras que el estilo Tairona Propio se limita geográficamente a la región de Santa Marta y la vertiente norte de la Sierra Nevada.

Nos parece que la distinción entre estos dos estilos puede servir de punto de partida para una somera investigación sobre los parentescos tanto de la cultura Tairona como del complejo de La Mesa, con culturas arqueológicas más distantes. Anticipamos que nuestras interpretaciones y comparaciones que vienen a continuación, son de carácter altamente especulativo, pero las avanzaremos como una hipótesis de trabajo que futuras investigaciones podrán refutar o corregir.

IV

COMPARACIONES GENERALES

Parece evidente que el complejo de La Mesa así como el estilo Tairona Asociado, comparten muchos rasgos con culturas prehistóricas más alejadas. En efecto, todo el conjunto de las urnas funerarias del río Magdalena (*Reichel-Dolmatoff*, 1943) muestra semejanzas marcadas con los materiales descritos, en tanto que persistentemente encontramos urnas de entierro secundario —muchas veces antropomorfas—, en asociación con vasijas en forma de copa, con cuentas de collar, objetos de concha, cobre u oro, así como hachas pulidas y volantes de huso. En todos los casos se observa además el énfasis en la decoración aplicada en la cerámica y en la representación de adornos personales.

Aunque se trata entonces de un conjunto de elementos persistentemente asociados, para el cual se podría suponer una tradición cultural común, las diferencias que se observan en las formas de las urnas también hacen suponer que se trate de diversas etapas cronológicas o de diversas zonas de influencias culturales. No trazaremos aquí la distribución de las urnas sencillas, constituidas por simples recipientes globulares u ovoidales que son tan comunes en Colombia, sino trataremos más bien de las urnas elaboradas, con representaciones antropomorfas. Las urnas de La Mesa son las primeras en Colombia en que la tapa representa únicamente la cabeza y no el busto o toda la figura entera y, es pues este rasgo el que merece aquí especial atención. Pero tampoco es el objeto del presente artículo trazar las posibles direcciones de difusión o tratar de buscar sus eventuales centros de dispersión. Sólo queremos entresacar de los muchos materiales disponibles, algunos puntos comparativos principales.

Si ahora miramos más allá de las inmediaciones de la Sierra Nevada, la próxima cultura que muestra ciertos parentescos, sería la de las urnas de las orillas del río Magdalena: Tamalameque (*Reichel-Dolmatoff*, 1943, pp. 212-214; 1953, pp. 65-73), y Hacienda Mosquito (*Hernández de Alba*, 1938, pp. 49-50, Fig. 35; *Bennett*, 1943, pp. 215-217; *Rivet*, 1932; *Vaillant*, 1934). Como rasgos comparativos principales mencionaremos las marcadas semejanzas entre las tapas antropomorfas de Tamalameque y del río Tapias; entre el personaje de las urnas de Mosquito y el personaje sentado de La Mesa, y la asociación de objetos de cobre. Subiendo el río Magdalena, hacia el Sur, encontramos nuevamente conjuntos de urnas antropomorfas en las zonas del río de la Miel, de Puerto Niño, Arrancaplumas, Pescaderías, río Guarinó, Ricaurte, Girardot y Espinal (*Reichel-Dolmatoff*, 1943, pp. 217-259). Otras urnas antropomorfas en parte de esta región, han sido descritas por Jiménez (1944), Ochoa (1945) y Cubillos (1954). De la región del río Cauca, urnas y figurinas comparables fueron descritas por Valencia (1929; 1930), Pérez de Barradas (1943), Bennett (1944, pp. 55-58) y Lehmann (1953). Cabe añadir que prácticamente en toda esta zona se hallan también petroglifos grabados.

Las semejanzas y posibles interrelaciones culturales que existen entre estas urnas funerarias colombianas y las de las hoyas del Amazonas y Orinoco, han sido objeto de varios trabajos (*cf.* por ejemplo *Schottelius*, 1939; *Imbelloni*, 1950), pero

en todos estos casos las comparaciones no han ido más allá de destacar paralelas estilísticas entre piezas individuales tomadas fuera de su contexto cultural, y por lo general, muy deficientemente documentadas en lo que se refiere a sus asociaciones. Aunque tales comparaciones son sugestivas y demuestran a grandes rasgos los antiguos nexos culturales, ellas son inadecuadas mientras que no se puedan comparar conjuntos más amplios y mientras que no se traten de establecer secuencias culturales y las rutas de difusión de éstas. Pero esta tarea se ha visto obstaculizada ante todo por la falta de investigaciones arqueológicas en la extensa zona constituída por los Llanos Orientales, la Amazonia colombiana y por las vertientes orientales de la Cordillera Oriental y de sus estribaciones nor-orientales hacia Venezuela. Creemos que es en esta zona donde deberían buscarse los vestigios que conectan las culturas colombianas con las del Oriente y donde también se podrá determinar la dirección en la cual se difundieron estos conjuntos y sus elementos constitutivos. Pero antes de conocerse la arqueología de esta zona, todas las comparaciones entre los desarrollos de las hoyas del Orinoco y Amazonas por un lado y de Colombia por otro, quedarán en un terreno netamente especulativo.

Más allá de los valles interandinos colombianos, las urnas antropomorfas aparecen en la vertiente amazónica ecuatoriana, y podemos mencionar aquí las urnas de la región del río Napo (*Uhle*, 1920, Láms. 1-5; *Nordenskiöld*, 1930, Pl. LIV, LV) y la urna encontrada por Tastevin, cerca de Macupirí, en las orillas del río Caquetá (*Métraux*, 1930, pp. 165-166, Fig. 35) y que es muy semejante a las urnas colombianas, sobre todo a las de la región del medio curso del río Magdalena (*cf.* por ejemplo, *Reichel-Dolmatoff*, 1943, Lám. XVI). También puede mencionarse la urna de Itacoatyara, cerca de Manaos (*Métraux*, 1930, Fig. 38, según Netto). Por otro lado, la extensión de las urnas muestra hacia el Orinoco. Las urnas que Crévaux (1883, pp. 561-562; *cf.* también *Marcano*, 1890, pp. 80, 92-95, Figs. 15, 16, según Hamy) encontró en la cueva de Cucurital cerca de Atures, llevan sobre sus tapas representaciones zoomorfas muy parecidas a las que nosotros describimos para el sitio de Pescaderías, sobre el río Magdalena (*Reichel-Dolmatoff*, 1943, Lám. XIII, Fig. 1; Lám. XIV, Fig. 7). Pero sobre todo son evidentes las semejanzas entre las urnas antropomorfas de Rebordello (*Nordenskiöld*, 1930, Pl. XIX, Figs. b, c, d) y las de La Mesa y los Venados,

así como las semejanzas entre las urnas de Maracá (*Nordenskiöld, ibid.* Pl. XVIII; *Meggers & Evans, 1957, Pl. 18-19*), las de la Fase Mazagão de la boca del Amazonas (*Meggers & Evans, ibid.* Fig. 12) y muchas de las colombianas. Tanto en Rebordello como en Maracá y Mazagão el casquete de la tapa representa una cabeza muy semejante a nuestras urnas, y en Maracá y Mazagão se trata además de personajes sentados en un banquito, con las manos apoyadas en las rodillas y con pantorrillas gruesas, tal como la figura de La Mesa o las del río de la Miel.

Para que tales comparaciones tengan validez y, sobre todo, para que puedan hacerse entre complejos enteros en lugar de entre rasgos individuales, un conocimiento mucho más adecuado de la arqueología de estas grandes regiones es indispensable. Un paso importante se ha logrado recientemente con las investigaciones en la desembocadura del río Amazonas (*Meggers & Evans, 1957*). Estos autores formulan la hipótesis de que la secuencia de culturas recientes halladas por ellos, se deriva posiblemente de un centro colombiano y basan esta teoría en dos observaciones: 1) Las culturas amazónicas en cuestión no parecen desarrollarse de tradiciones locales propias de la región donde fueron halladas; 2) Muchos de sus elementos constitutivos ocurren con frecuencia o casi exclusivamente en territorio colombiano. A grandes rasgos, los elementos en cuestión serían los siguientes: la decoración excisa, la policromía sobre baño blanco, rodillos cilíndricos, bases anulares, vasijas cuadradas, urnas con personajes sentados en la tapa, figuras sentadas en un banquillo, personajes con grandes atavíos en la cabeza, urnas con tapas especiales y elaboradas, caras humanas en las cuales las cejas forman arcos de cuya unión se desprende la nariz, y algunos otros rasgos más.

Por cierto, es evidente que todos estos elementos son bien conocidos en la arqueología colombiana y parecen concentrarse en los grandes valles interandinos y en la llanura del Caribe. Pero se plantean entonces tres problemas: 1) ¿Forman estos elementos un conjunto aproximadamente coetáneo o están ellos, individualmente o en combinaciones limitadas, separados temporalmente, difundiéndose entonces en varias olas y en diversas épocas? 2) ¿Se difundieron estos elementos o conjuntos en una sola dirección o pueden algunos de ellos haberse reintroducido en Colombia, después de haberse elaborado o modificado en el Oriente? 3) ¿Cuáles serían las rutas más probables por las cuales

estas culturas podrían haber cruzado la Cordillera Oriental, en una u otra dirección?

No pretendemos dar aquí una contestación detallada a estos interrogantes, sino sólo queremos hacer algunas observaciones al respecto. En primer lugar, nos parece poco probable que se trate de la difusión de un conjunto coetáneo. Según nuestros conocimientos actuales, la decoración excisa, las vasijas cuadradas, la policromía sobre baño blanco y los rodillos cilíndricos, son todos elementos más antiguos en Colombia que las urnas elaboradas, los personajes sentados o las caras con cejas unidas y arqueadas. Estos elementos ocurren ya en culturas anteriores al desarrollo de las urnas funerarias elaboradas, como por ejemplo en Momil (*Reichel-Dolmatoff*, 1956), en los yacimientos más profundos del río Ranchería (*Reichel-Dolmatoff*, 1951 a), y en la zona llamada Quimbaya. En cambio, los personajes sentados, los que llevan un gran atavío en la cabeza como también las tapas elaboradas de las urnas funerarias, parecen ser rasgos tardíos en Colombia. Esta división temporal de elementos colombianos corresponde bien a la observada por Meggers & Evans en Marajó y Amapá respectivamente, donde también las combinaciones asociadas se escalonan temporalmente de la misma manera. De todos modos creemos que los elementos de carácter colombiano (muchos de ellos ulteriormente de origen mesoamericano) que se encuentran en la región amazónica, proceden de varias olas de difusión, pero está claro que para distinguirlas en más detalle se necesitarían primeramente datos sobre la gran zona intermedia, y no por último, muchas más informaciones sobre la posición cronológica y cultural de estos elementos en territorio colombiano.

Acerca de la dirección en la cual se extendió esta difusión o sus diversas etapas, caben las siguientes observaciones. Rivet (1943) y anteriormente Restrepo Tirado (1902), Cuervo Márquez (1920) y otros, han sugerido influencias en Colombia procedentes del Oriente, identificándolas con grupos invasores de habla Caribe y venidos probablemente, según estos autores, en varias olas sucesivas. De nuestra parte hemos observado arqueológicamente la expansión de grupos agrícolas de tipo selvático-tropical, cuyos vestigios hemos designado como formando la etapa Invasionista y que aparentemente, según el estado actual de nuestros conocimientos, carecen de una notable tradición local y más bien se extendieron de súbito, sobre gran parte de las

tierras bajas colombianas (*Reichel-Dolmatoff*, 1956, pp. 301-302; 1959, II, pp. 481-482). Pero como ya dijimos, también en esta gran etapa es muy probable que haya diversas corrientes y estratos que aún no hemos podido diferenciar con claridad, y es posible que algunas de las culturas en cuestión sí se deriven de tradiciones locales colombianas, mientras que otras fueron reintroducidas desde el Oriente, después de haber perdido o transformado algunos de sus elementos en el camino y en el transcurso del tiempo. Así, por ejemplo, nos parece que las pantorrillas deformadas por ligaduras y la urna funeraria con tapa cefalomorfa, son desarrollos esencialmente amazónicos que no se derivan de un centro occidental de dispersión u origen. En el futuro, tanto la glotocronología como el carbono radioactivo prometen darnos informaciones importantes para trazar estos movimientos culturales.

Las vías por las cuales los grupos portadores de algunas de estas culturas pueden haber cruzado la Cordillera Oriental en un sentido o en otro, son múltiples y queremos anotar aquí sólo algunos datos arqueológicos que podrían ser significativos. En el Departamento de Santander, *Schottelius* (1941) encontró en la Cueva de los Santos la superposición de dos estratos que contenían entierros, el más reciente de los cuales identificó con la tribu chibcha de los Guane, atribuyéndole una posición cronológica protohistórica a histórica. El estrato inferior estaba caracterizado, en cambio, por vestigios de una cultura de tipo selvático-tropical, que practicaba el entierro secundario en urnas sencillas, y *Schottelius* concluye que este estrato indica la presencia de una cultura de origen amazónico. La Cueva de los Santos se encuentra en las faldas de la Cordillera Oriental, a unos 800 metros de altura y esta región bien puede haber sido una zona de contactos entre el Oriente y el Occidente. En efecto, en la misma vertiente, hacia el noroeste en el valle del río Magdalena, tenemos el dato del mismo autor (*Schottelius, ibid.* Pl. XV), sobre grandes urnas funerarias halladas en la cuenca del río Lebrija, mientras que hacia el oriente encontramos asimismo el entierro en urnas al este de la Cordillera, tanto en las orillas del curso medio del río Arauca (*Verneau*, 1901) como sobre el río Apure (*Geay*, 1895). El río Lebrija, sea dicho, dista poco al sur de Tamalameque, de donde provienen las urnas antropomorfas descritas por nosotros y que ocupan también una posición cronológica reciente, probablemente protohistórica a histórica.

El hecho de que a comienzos del siglo XVI los indios de Tamalameque fueron los únicos aborígenes al oeste de la Cordillera Oriental que tenían la yuca amarga (*Rodríguez de Medina*, 1919, pp. 357), es aquí de especial interés, ya que el cultivo y uso de esta planta debe haberse introducido allí, desde las llanuras y selvas del Oriente.

Hacia el sur del Departamento de Santander, ya en la zona muiska propiamente dicha, el contacto con las llanuras y selvas orientales está sugerido por ciertos descubrimientos recientes. En la región de la Serranía de la Macarena, macizo aislado de la Cordillera y situado ya entre las cabeceras del río Guaviare, varias expediciones del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Bogotá, encontraron en 1958 una serie de pictografías pintadas en color rojo y representando motivos geométricos. La zona de este tipo de pictografías se extiende hasta el llamado "Cerro de las Pinturas", en la confluencia de los ríos Ariari y Guayabero y aun al alto río Inírida. Lo notable es que estas pinturas rupestres se asemejan en tal grado a las pictografías características del territorio andino de los Muiskas, que un común origen parece casi seguro. En varias de estas pictografías características del territorio andino de los Muiskas, superposición de dibujos, indicativa de diferencias cronológicas (*Medem & Carvajal*, 1958; cf. también *Bischler & Pinto*, 1959). Por cierto en la misma zona se encuentran también grandes rocas con petroglifos grabados que parecen formar una extensión de los que observamos en las tierras bajas interandinas. En cambio las pictografías pintadas de tipo muiska, en esta extensión parecen indicativas de migraciones chibchas hacia las tierras bajas del oriente. Por último anotamos que hacia el noroeste de la Serranía de la Macarena se levanta el macizo del Sumapaz, en cuyas faldas occidentales, a más de 1.000 metros de altura, hallamos en años pasados (*Reichel-Dolmatoff*, MS) varias urnas funerarias con caras cejudas, lo que también indicaría para esta región una penetración desde el valle del río Magdalena.

Una observación final acerca de los posibles contactos entre la región amazónica y los valles interandinos de Colombia se refiere a otro resultado de las investigaciones de Meggers & Evans. La cultura arqueológica invasora más reciente en la región de la desembocadura del Amazonas es la Fase Aruã. Las principales características de ella son, según los autores citados

(*Meggers & Evans*, 1957, pp. 548-555) : la alineación de piedras, grandes cementerios de urnas funerarias, hachas líticas pulidas, cuentas y adornos de nefrita pulida, cerámica en forma de plato discoide y de tambor, figuras antropomorfas de cerámica, la decoración aplicada y estampada o punteada. Meggers & Evans anotan que para este conjunto aparentemente faltan paralelas en el Noroeste y buscan relaciones hacia las Guayanas y el Caribe. Pero sean cuales fuesen los parentescos culturales que los autores mencionados sugieren existir entre la Fase Aruã y los sitios arawak de las Antillas, lo cierto es que el conjunto definido por ellos es muy parecido al de La Mesa.

Pero debemos regresar nuevamente a nuestro punto de partida, que ha sido el complejo de La Mesa. Visto a la luz de las comparaciones anteriores, por limitadas e hipotéticas que sean, parece entonces que se trata esencialmente de una extensa cultura agrícola de tipo selvático-tropical que se extendió por la llanura del Caribe y los valles interandinos, y cuyos nexos culturales van mucho más allá de los límites de Colombia. Esta cultura, sin embargo, no pertenece a una sola etapa cronológica sino probablemente en el futuro deberá encontrarse una zona donde se pueda comprobar su desarrollo temporal. Aún no está claro en qué región estaría más pronunciada esta continuidad de desarrollo, pero la diversidad de uno de sus componentes —las urnas funerarias— hace pensar que la llanura del Caribe y el bajo río Magdalena hayan sido un centro importante de desarrollo y dispersión. También, lo poco que sabemos hasta ahora sobre la historia de otros componentes, como lo son por ejemplo la particular decoración aplicada, el personaje sentado y ataviado y la cara cejuda, sugieren un centro colombiano de difusión. Pero un tal centro no es necesariamente de carácter primario sino, regresando más aún en tiempo y espacio, se deriva probablemente de un centro mesoamericano. En realidad, tal vez con raras excepciones, los diversos elementos que se agrupan y combinan para formar los diferentes conjuntos de esta amplia cultura selvática, parecen ser, en último recurso, de origen norteño.

Un tal origen esencialmente mesoamericano se puede suponer también para aquel conjunto de elementos que hemos designado como estilo Tairona Propio. Aunque sus rasgos individuales aparecen esporádicamente también en otras partes de los valles y cordilleras colombianos, su combinación característica "tairo-

na" se limita a un estrecho rincón de la Sierra Nevada de Santa Marta. También en este caso no puede haber duda de que se trata allí de diversas olas de influencias culturales venidas desde el Norte a través de la región ístmica, y es de suponer que rasgos tales como la organización de centros ceremoniales pertenezcan a épocas anteriores a aquellas en que se introdujeron elementos que podrían compararse con las culturas recientes de Panamá y Costa Rica.

La coexistencia de los dos grandes tipos culturales, que ahora podríamos designar como el selvático-aldeano y el circuncaribe-urbano, se explicaría entonces en términos de la interacción, a través de largas épocas, de grupos diferenciados en la historia de sus movimientos, contactos y formas de adaptación. Tanto la arqueología como la etnografía del siglo XVI y las tradiciones de los indios actuales indican que en la región de Santa Marta vivían dos grupos étnicos diferentes pero interdependientes. Es aparente que el grupo selvático-aldeano no sólo vivía en proximidad geográfica e interdependencia económica con el circuncaribe-urbano, sino que desempeñó también un papel importante en la formación de aquel núcleo, que como cultura Tairona logró un avance notable que lo coloca en muchos aspectos sobre un nivel muy superior al de los cacicazgos circuncaribes.

BIBLIOGRAFIA

- BENNETT, WENDELL C. 1944.—Archaeological Regions of Colombia: A Ceramic Survey. *Yale University Publications in Anthropology*, N^o: 30, New Haven.
- 1946.—The Archaeology of Colombia. *Handbook of South American Indians*, Vol. II, pp. 823-850, Washington.
- BISCHLER, HELENA & P. PINTO. 1959.—Pinturas y grabados rupestres en la Serranía de la Macarena. *Lámpara*, N^o: 31, pp. 14-15, Bogotá.
- BOLINDER, G. 1942.—Urn-burial in full-size mortuary urns in Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia, *Ethnos*, Vol. 7, N^o: 1 (January-March), pp. 10-19, Statens Etnografiska Museum, Stockholm.
- BRETTE, JOSEPH DE. 1894.—Voyage de M. de Brettes. *Compte Rendu des Séances de la Société de Géographie et de la Commission Centrale*, Année 1894, pp. 41-48; 212-215; 341-342; 452-454, Paris.
- CASTELLANOS, JUAN DE. 1847.—Elegías de varones ilustres de Indias. *Biblioteca de autores españoles*, Madrid.

- COTES M., CARLOS D. 1945.—Un petroglifo de la Sierra Nevada. *Ciencia y Cultura; Organo de la Sociedad de Ciencias Naturales del Colegio Biffi*, Año 2, N^o: 5, pp. 15-18, Barranquilla.
- CREVAUX, JULES. 1883.—Voyages dans l'Amérique du Sud. Paris.
- CUBILLOS CH., JULIO CÉSAR & VÍCTOR A. BEDOYA. 1954.—Arqueología de las riberas del río Magdalena, Espinal-Tolima. *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. II, pp. 117-144, Bogotá.
- CUERVO MÁRQUEZ, CARLOS. 1920.—Estudios arqueológicos y etnográficos. Prehistoria y viajes americanos. 2 Vols., Madrid.
- GEAY, F. 1895.—Les Llanos. *La Science Française*, Année V, N^o: 37, p. 172, Paris (citado por Verneau, *cf. infra*).
- HERNÁNDEZ DE ALBA, GREGORIO. 1938.—Colombia: Compendio Arqueológico. Bogotá.
- IMBELLONI, J. 1950.—La extraña terracota de Rurrenabaque (Noreste de Bolivia) en la arqueología de Suramérica. *Runa*, Vol. III, Nos. 1-2, pp. 71-169, Buenos Aires.
- ISAACS, JORGE. 1884.—Estudio sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena, antes Provincia de Santa Marta. *Anales de la Instrucción Pública*, Vol. VIII, N^o: 45 (septiembre), pp. 177-352, Bogotá.
- JIMÉNEZ, EDITH. 1944.—Cultura del Bajo Magdalena. *Boletín del Museo Arqueológico de Colombia*, año II, N^o: 1, pp. 3-18, Bogotá.
- LEHMANN, HENRI. 1953.—Archéologie du Sud-Ouest colombien. *Journal de la Société des Américanistes*, N. S., Tome XLII, pp. 199-270, Paris.
- MARCANO, G. 1890.—Ethnographie précolombienne du Vénézuéla: Région des Raudals de l'Orénoque. Paris.
- MASON, J. ALDEN. 1931.—Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona Culture, Part I. Report on Field Work. *Field Museum of Natural History, Anthropological Series*, Vol. XX, N^o: 1, Chicago.
- 1936.—Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona Culture, Part II, Section 1. Objects of Stone, Shell, Bone and Metal. *Field Museum of Natural History, Anthropological Series*, Vol. XX, N^o: 2, Chicago.
- 1939.—Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona Culture, Part II, Section 2. Objects of Pottery. *Field Museum of Natural History, Anthropological Series*, Vol. XX, N^o: 3, Chicago.
- MASON, GREGORY. 1940.—South of Yesterday. Henry Holt and Company, New York.
- MEDEM, FRED & CARVAJAL, JORGE.—Instituto de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de Bogotá, fotografías y comunicaciones personales.
- MEGGERS, BETTY J. & CLIFFORD EVANS. 1957.—Archaeological Investigations at the Mouth of the Amazon. Smithsonian Institution, *Bureau of American Ethnology, Bulletin*, N^o: 167, Washington.

- METRAUX, A. 1930.—Contribution à l'étude de l'archéologie du cours supérieur et moyen de l'Amazone. *Revista del Museo de La Plata*, Tomo XXXII, pp. 145-185, Buenos Aires.
- NORDENSKIÖLD, ERLAND. 1930.—L'Archéologie du bassin de l'Amazone. *Arts Americana*, N°: 1, Paris.
- OCHOA SIERRA, BLANCA. 1945.—Los Panches: Lecciones para primeros conocimientos. *Boletín de Arqueología*, Vol. I N°: 4, pp. 299-308, Bogotá.
- OVIDEO Y VALDÉS, GONZALO FERNÁNDEZ DE.—Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano. 14 Vols., Asunción.
- PÉREZ DE BARRADAS, JOSÉ. 1941.—El arte rupestre en Colombia. *Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Bernardino de Sahagún*, Serie A, N°: 1, Madrid.
- 1943.—Colombia de Norte a Sur. 2 Vols., Madrid.
- PRET, YVES. 1952.—Notas, croquis y comunicaciones personales.
- REICHEL-DOLMATOFF, GERARDO & ALICIA. 1943.—Las urnas funerarias en la cuenca del río Magdalena. *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, Vol. I, N°: 1, pp. 209-281, Bogotá.
- 1951 a.—Investigaciones arqueológicas en el Departamento del Magdalena: 1946-1950. Parte I: Arqueología del Río Ranchería; Parte II: Arqueología del Río Cesar. *Boletín de Arqueología*, Vol. III, Nos.: 1-6, pp. 1-334, Bogotá.
- 1953 b.—Investigaciones arqueológicas en el Departamento del Magdalena: 1946-1950. Parte III: Arqueología del Bajo Magdalena. Universidad del Atlántico, *Divulgaciones Etnológicas*, Vol. III, N°: 4, pp. 1-98, Barranquilla.
- 1956.—Momil: Excavaciones en el Sinú. *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. V, pp. 111-333, Bogotá.
- 1958 a.—Reconocimiento arqueológico de la hoya del Río Sinú. *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. VI, pp. 31-156, Bogotá.
- REICHEL-DOLMATOFF, GERARDO. 1951 a.—Datos histórico-culturales sobre las tribus de la antigua Gobernación de Santa Marta. *Imprenta del Banco de la República*, Bogotá.
- 1953 a.—Contactos y cambios culturales en la Sierra Nevada de Santa Marta. *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. I, N°: 1, pp. 17-122, Bogotá.
- 1954.—Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta. Partes 1 y 2. *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. II, N°: 2, pp. 147-206, Bogotá.
- 1958 b.—Notas sobre la metalurgia prehistórica en el litoral caribe de Colombia. *Homenaje al Profesor Paul Rivet*, pp. 69-94, Academia Colombiana de Historia, Biblioteca de Antropología, Bogotá.
- 1959.—Recientes investigaciones arqueológicas en el Norte de Colombia. *Miscellanea Paul Rivet Octogenario Dicata*, Vol. II, pp. 471-486,

Universidad Autónoma de México, Publicaciones del Instituto de Historia, Primera Serie, Nº: 50 (1958), México, D. F.

- RESTREPO TIRADO, ERNESTO. 1902.—Las invasiones caribes antes de la conquista española. *Boletín de Historia y Antigüedades*, Tomo I, pp. 196-211, Bogotá.
- R (IVET), P (AUL). 1932.—Préhistoire de la Colombie. *Journal de la Société des Américanistes*, N. S., Tome XXIV, pp. 210-211, Paris.
- RIVET, PAUL. 1943.—La influencia karib en Colombia. *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, Vol. I, Nº: 2, pp. 55-87, Bogotá.
- RODRÍGUEZ DE MEDINA, ANTONIO, etc. 1919.—Relación geográfica de San Miguel de las Palmas de Tamalameque, Gobernación de Santa Marta, etc., *Boletín de Estudios Americanistas*, Año 6 (febrero-marzo), Sevilla; reeditado in: *Boletín Historial*, Año 4, Nos.: 45-46 (enero-febrero), Cartagena, 1919.
- SCHOTTELIUS, J. W. s. f.—Estado actual de la arqueología colombiana. *Educación*, Nº: 1 (julio-agosto), pp. 9-24, Bogotá.
- 1939.—La prehistoria de Colombia. *La Ruta*, Año 2, Nº: 2 (octubre), pp. 50-62, Bogotá.
- 1941.—Arqueología de la Mesa de los Santos. *Educación*, Nos.: 2-3, pp. 137-150, Bogotá.
- SIMÓN, FRAY PEDRO. 1882.—Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales. 5 Vols., Bogotá.
- UHLE, MAX. 1920.—Los principios de la civilización en la sierra peruana. *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, Vol. V, Nos.: 13-14, pp. 44-56, Quito.
- VAILLANT, GEORGE C. 1934.—In: *Natural History*, Vol. XXXIV, cf. p. 406, New York.
- VALENCIA, GUILLERMO. 1929.—Del Pasado. In: *Lecturas Dominicales: Suplemento semanal de El Tiempo*, Vol. XII, Nº: 289, pp. 209-217, Bogotá.
- 1930.—Arqueología americana en Popayán. *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XVIII, pp. 458-474, Bogotá.
- VERNEAU, R. 1901.—Ancienne sépulture de la rivière Arauca affluent de l'Orénoque. *Journal de la Société des Américanistes*, Tome III, Nº: 2, pp. 146-167, Paris.

EXPLICACION DE LAS LAMINAS Y FIGURAS

Lámina I.—La Mesa: arriba, Entierro F; abajo, interior de urna.

Lámina II.—La Mesa: Urna y vasijas funerarias.

Nº: 1, Entierro H; Nº: 2, Entierro C; Nº: 3, Entierro F; Nº: 4, Entierro K; Nº: 5, Entierro B.

Lámina III.—La Mesa: Figuras antropomorfas.

Nos.: 1-3, vistas de la misma figura, Entierro K; Nos.: 4-5, figurinas del Entierro K.

Lámina IV.—Sitios varios.

Nº: 1, Los Venados; Nos.: 2-3, Río Tapias.

Figura 1.—Croquis de la Sierra Nevada de Santa Marta y de sus alrededores, con localización de los sitios arqueológicos tratados.

Figura 2.—Croquis de localización del sitio arqueológico de La Mesa.

Figura 3.—Croquis del cementerio de La Mesa.

Figura 4.—Tipos de urnas de La Mesa.

Nº: 1, Entierro F, d; Nº: 2, Entierro G, b; Nº: 3, Entierro G, a; Nº: 4, Entierro E, b; Nº: 5, Entierro E; Nº: 6, Entierro F, b; Nº: 7, Entierro G, fragmentos; Nº: 8, Entierro G, e; Nº: 9, Entierro H, b; Nº: 10, Entierro H, c; Nº: 11, Entierro B, a; No: 12, Entierro A, a.

Figura 5.—Tipos de vasijas funerarias de La Mesa.

Nº: 1, Entierro L, e; Nº: 2, Entierro E, g; Nº: 3, Entierro E, h; Nº: 4, Entierro B, d; Nº: 5, Entierro C, b; Nº: 6, Entierro A, b; Nº: 7, Entierro B, f; Nº: 8, Entierro F, h; Nº: 9, Entierro F, f.

Figura 6.—Objetos misceláneos de La Mesa.

Nos: 1-3, tipos de representaciones de narigueras; Nos.: 4-8, tipos de representaciones de orejeras; Nº: 9, nariguera de oro; Nos.: 10, 15, volantes de huso; Nos.: 11-13, cuentas de collar; No: 14, hacha lítica.

Figura 7.—Bordes, bases y asas de La Mesa.

Nos.: A-F, bordes de la cerámica Roja Tosca; Nº: G, bordes de la cerámica Roja Lisa; Nos: H-K, bases anulares; Nos: L-M, agarraderas macizas; Nos: N, O, Q, asas verticales; Nº: P, asas horizontales.

Figura 8.—Sitios varios: tipos de urnas.

Nos.: 1-3, tipos de urnas de Río Seco; Nº: 4, urna de Pueblo Bello; Nº: 5, urna de Rancho Valerio.

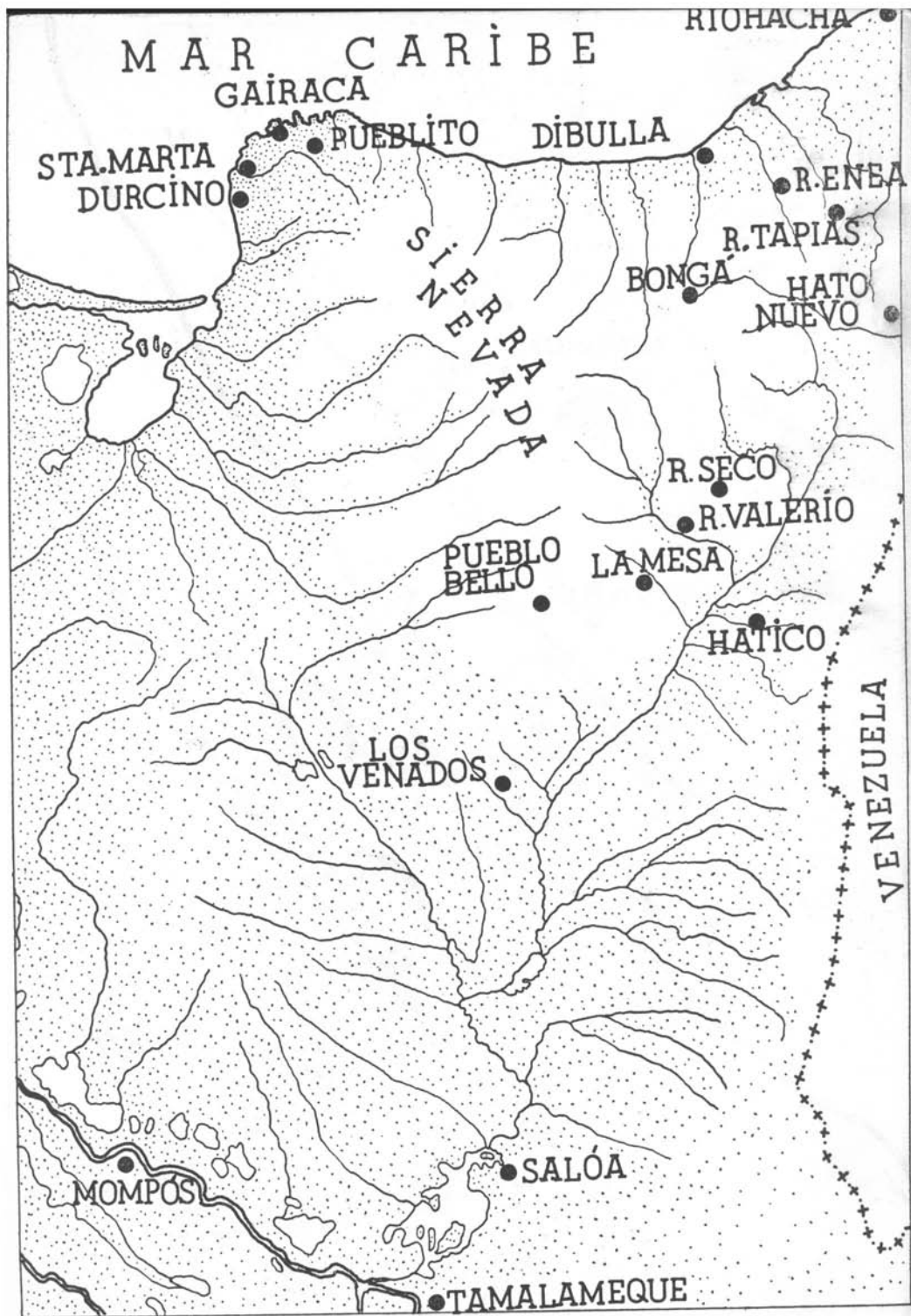


Figura 1.

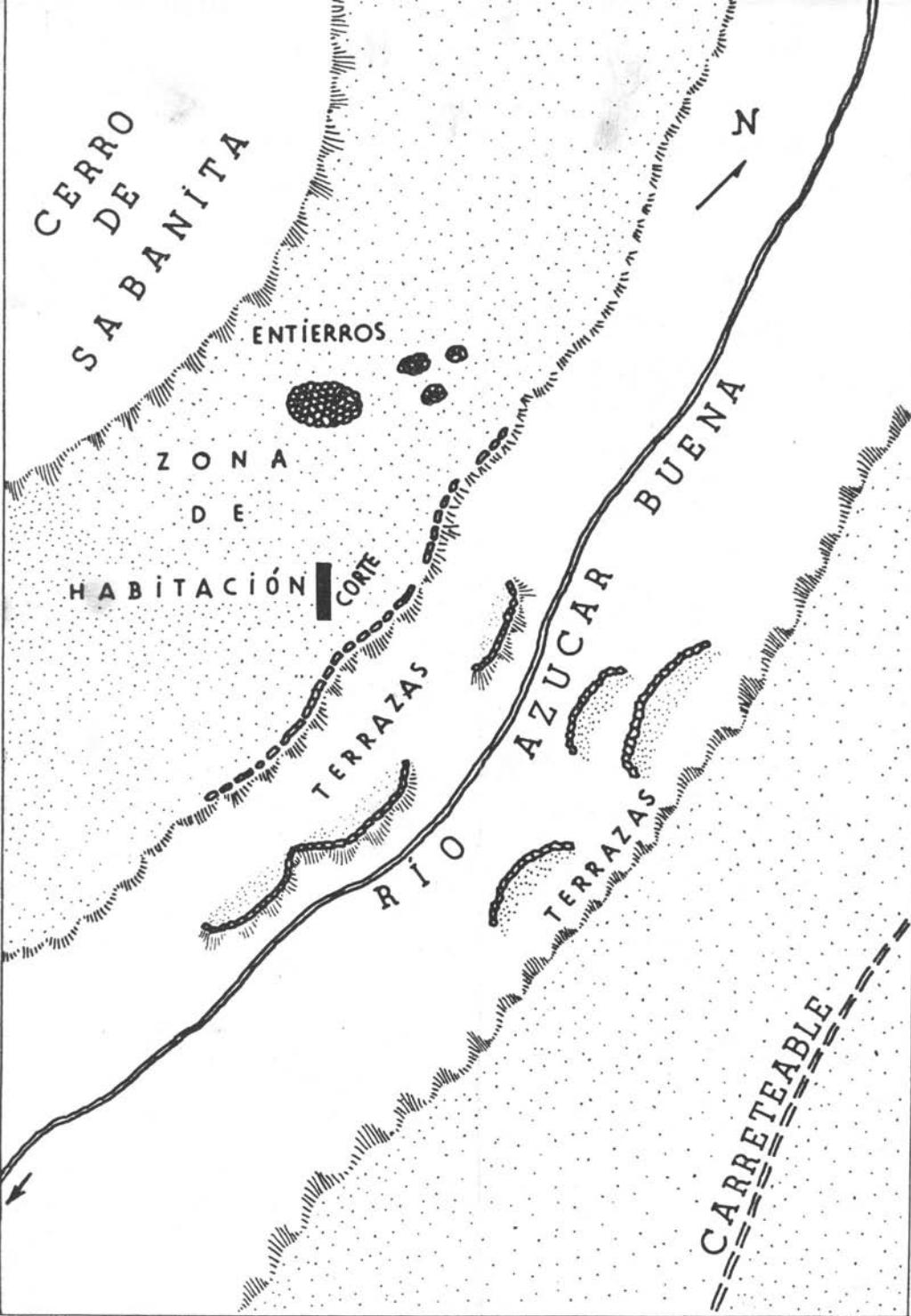
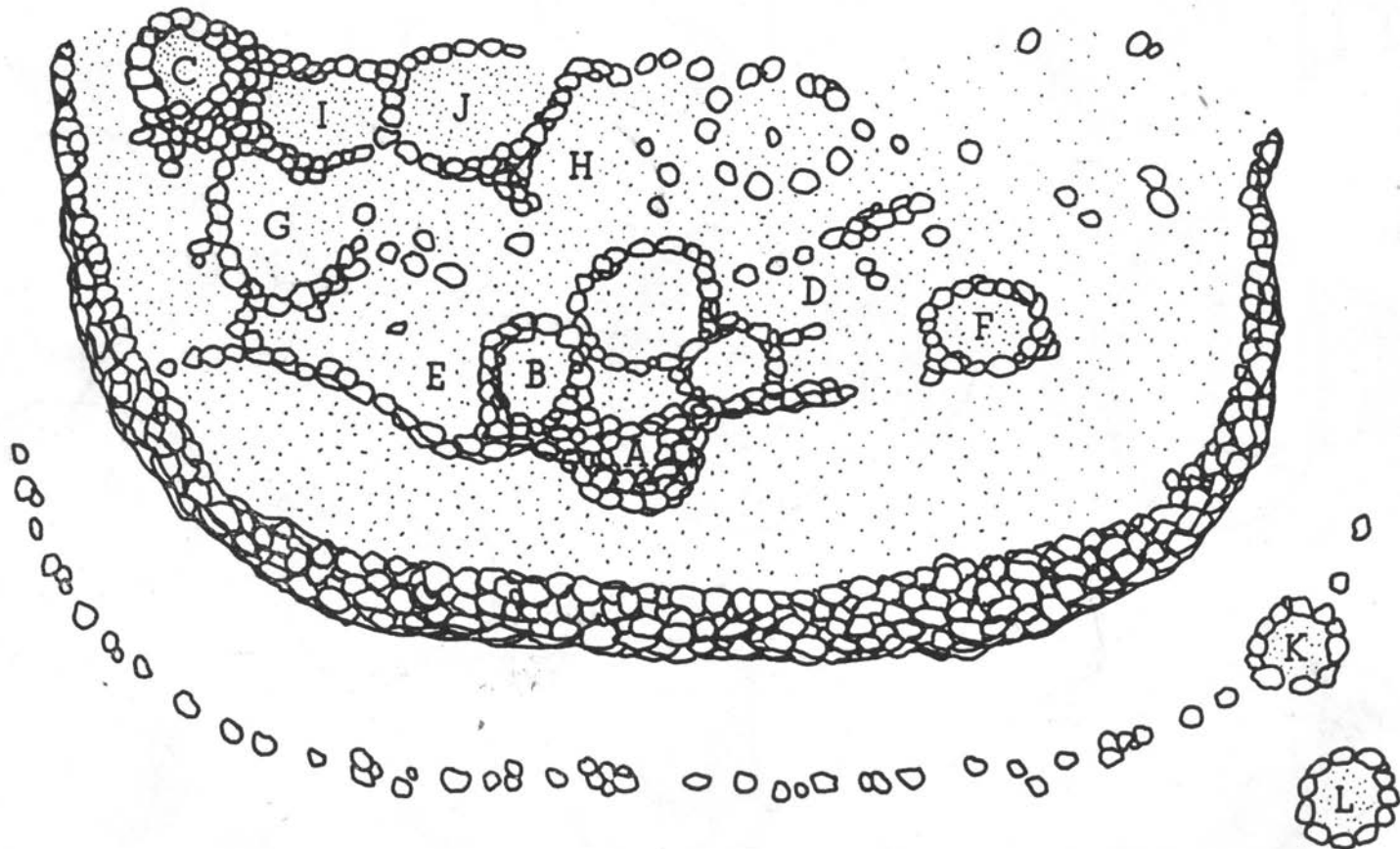


Figura 2.



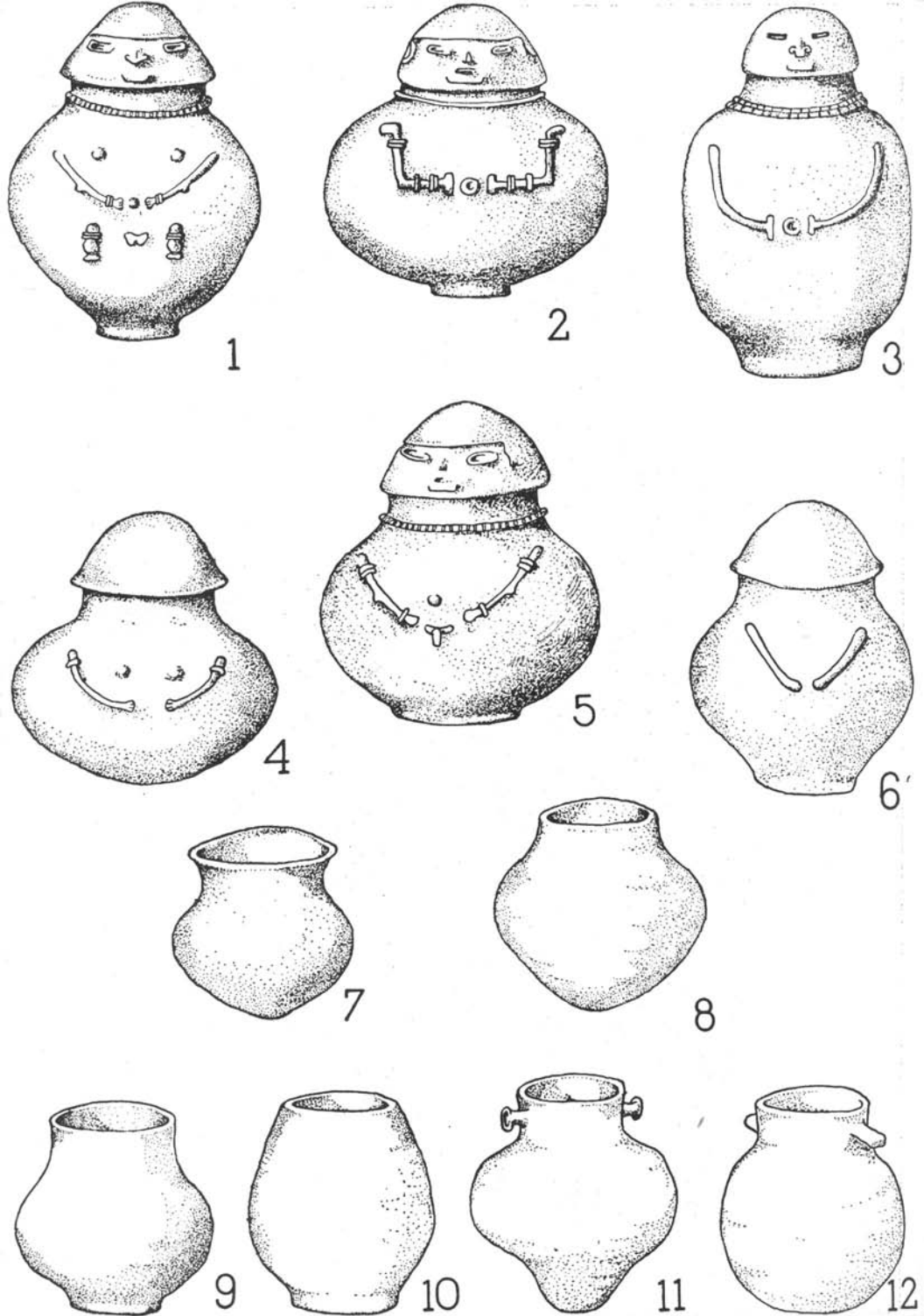


Figura 4.

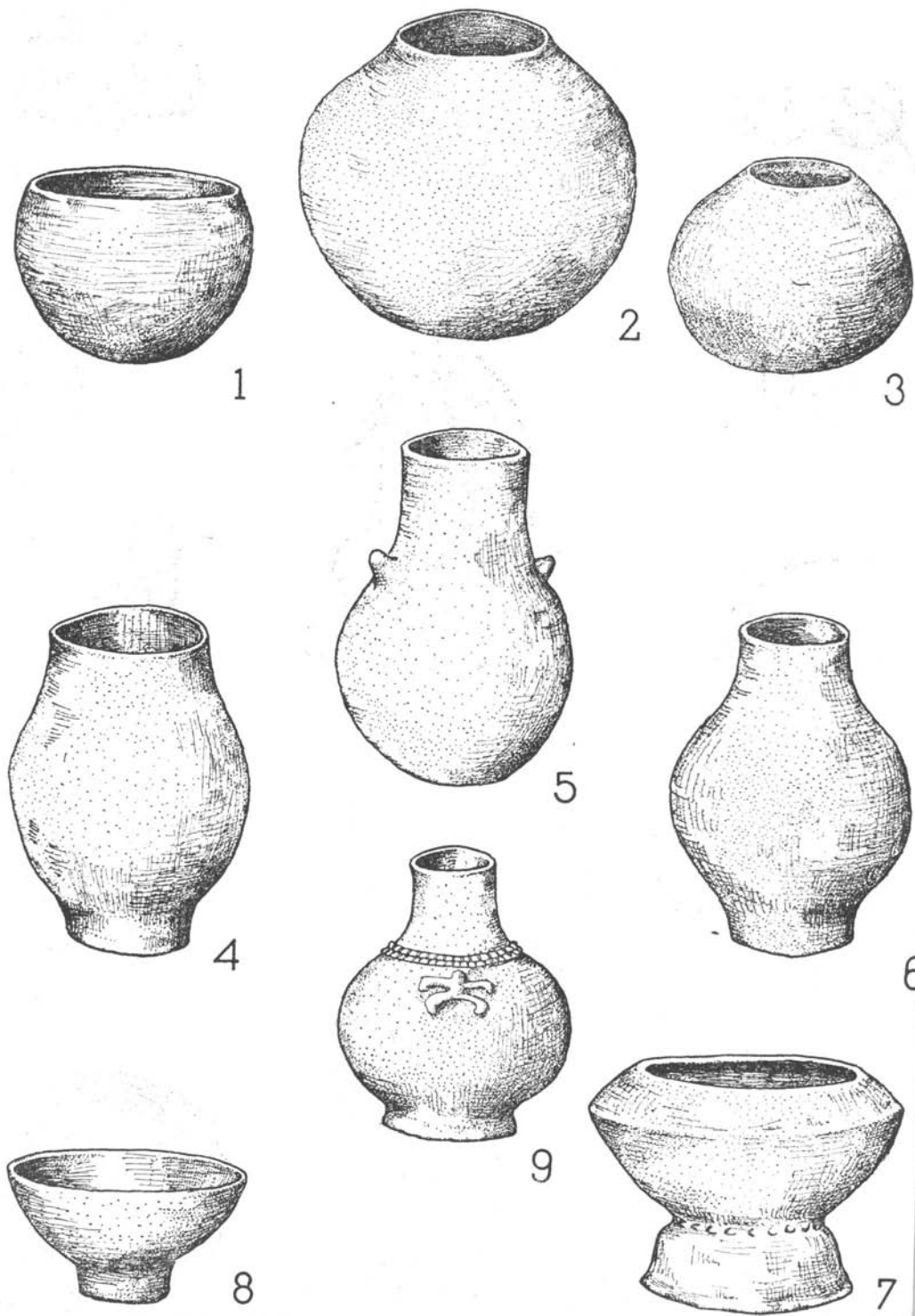
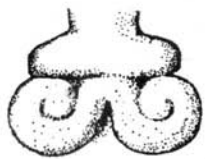
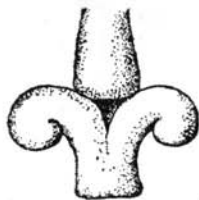


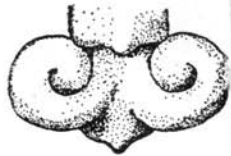
Figura 5.



1



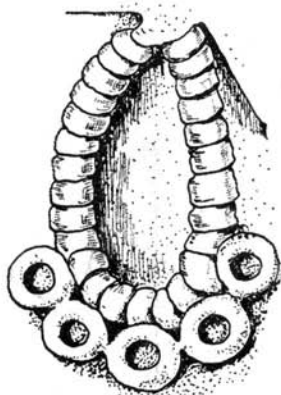
2



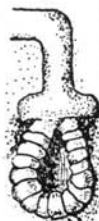
3



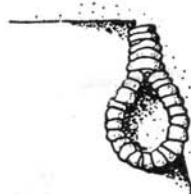
4



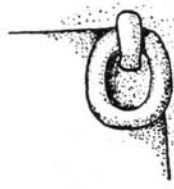
6



7



5



8



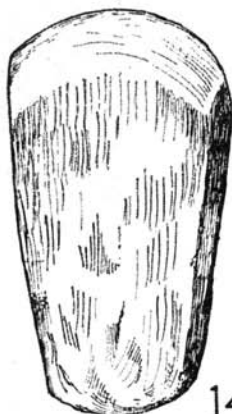
9



10



11



14



12



15



13

Figura 6.

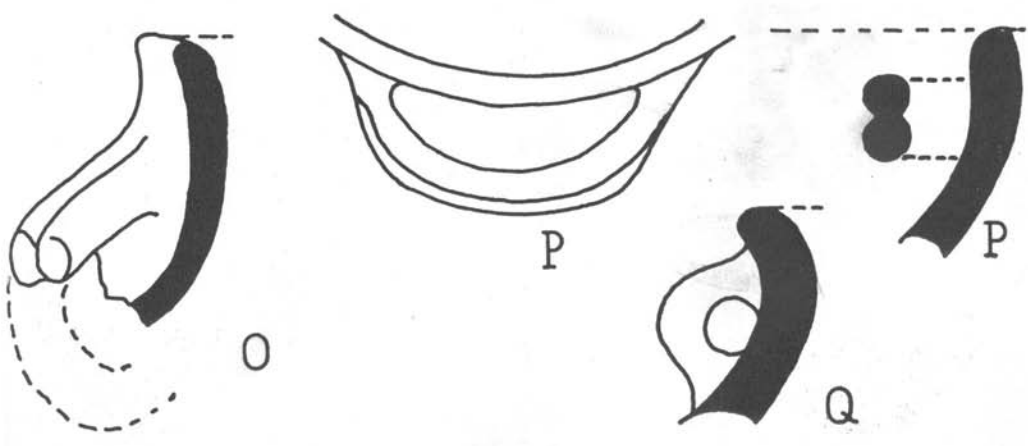
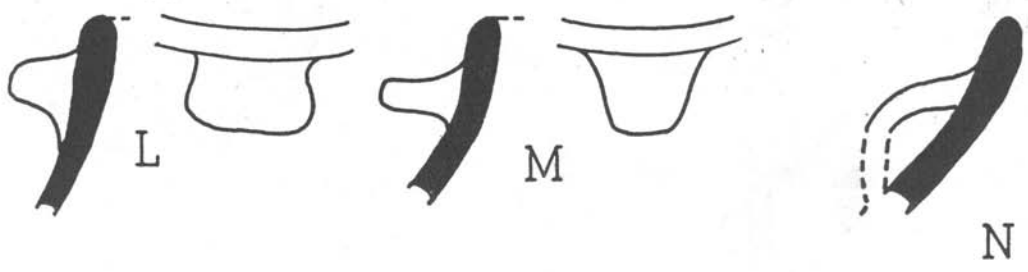
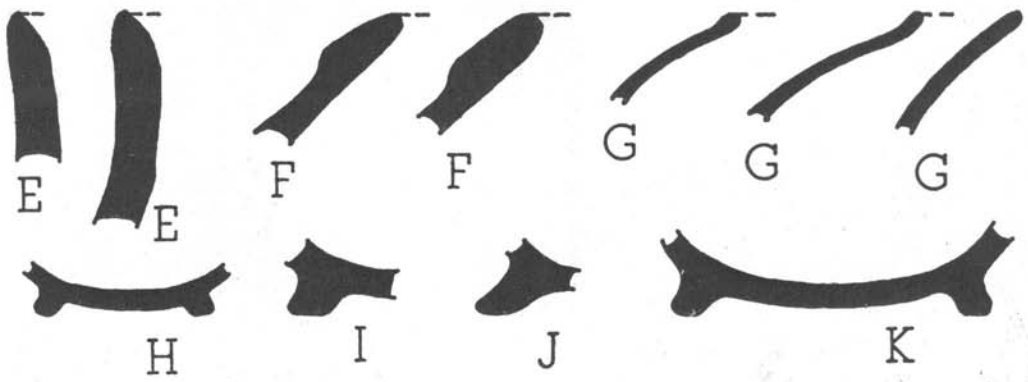
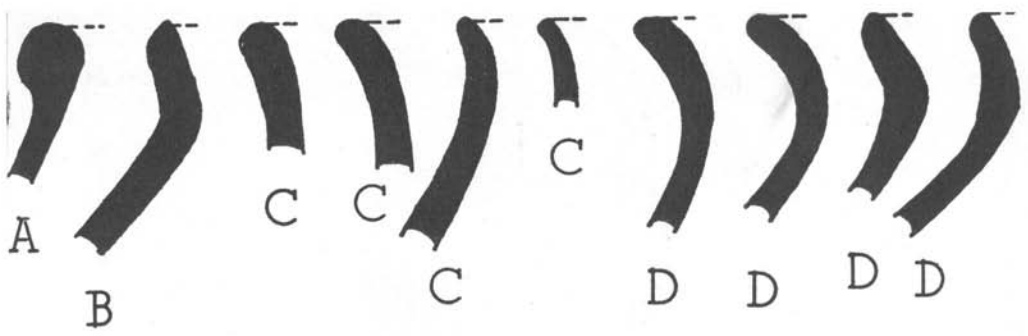


Figura 7.



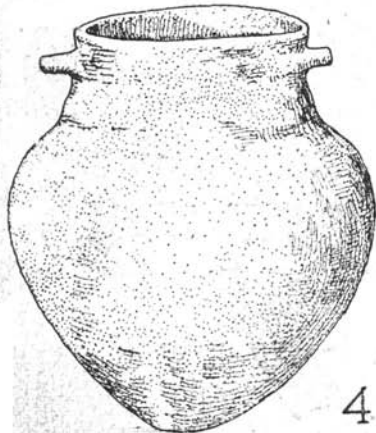
1



2



3

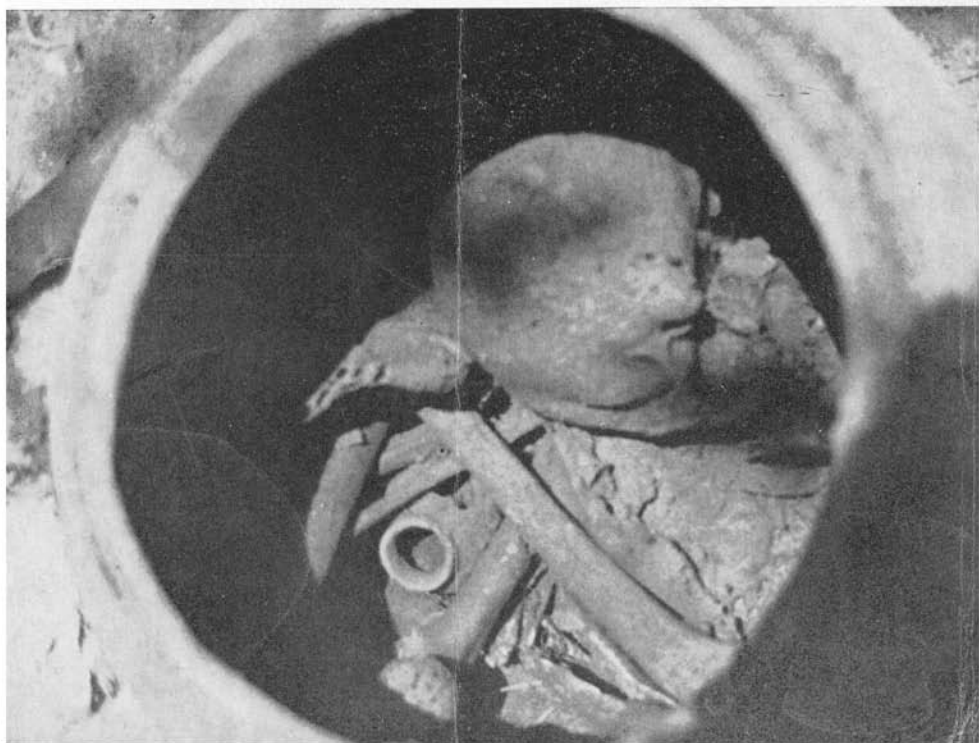


4



5

Figura 8.





1



2



5



3



4

LAMINA III



1



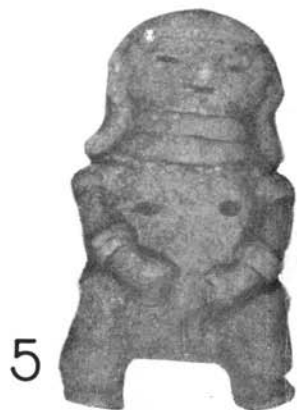
2



3



4



5



1



2



3